

**“La cruel fortuna del gran diablo. El
Algaceli de El Cairo, un sevillano en
Oriente”**

Fernando Fernández Lanza
fernando.fernandez@uah.es

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 01/07/2004
Número de páginas: 62
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del
**Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias
Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio
Sola, con la colaboración tecnológica de
HazHistoria S.L.

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.hazhistoria.net

Descripción

Resumen

El texto seleccionado, *La cruel Fortuna del gran diablo. El Algaceli de El Cairo, un sevillano en Oriente*, corresponde a los capítulos 212 a 239 de la *Crónica de los Turcos, la cual principalmente sigue a la que escribió Juan María Vicentino [Giovanni Maria Angiolello], cronista de Mahometo, Bayasit, Selim y Suleimán, señores de ellos*.

Se trata de un texto singular, con identidad y autoridad propias. Narra las empresas del gran turco Selim, y su gente de guerra, en las conquistas de la Suria y el Egipto mameluco con la participación excepcional del Algaceli de El Cairo, hijo de una peregrina sevillana a los santos lugares. Un soberbio fragmento de la mejor literatura documental histórica de nuestro Siglo de Oro, siempre inédita y tantas veces al servicio de grandes firmas.

Palabras Clave

Historia del Imperio Turco, conquista de Suria y Egipto, literatura documental histórica del siglo de Oro.

Personajes

- Madre sevillana de Algaceli
- El Gran Turco Selim
- Causanciauri
- Sufí de Persia
- Alliduli
- Cayerbeyo
- Sinán Bajá
- Mustafá Bajá
- Ymbracor Bajá
- Algaceli mayor de El Cairo
- Sybeyo Balbán
- Señor de Trípol
- Janus Bajá
- Mehemed Bey
- Eschender Bey
- Tumos Bey
- Setelin
- Alibey Bajá
- Mustafá Bey
- Sinecasayn
- Sultán Suleiman
- Pirro Bajá
- Mustafá Bajá
- Eschender Bajá
- Bostanci Bajá
- Sultan Bayasit
- Jenízaro Nicolo

Ficha técnica y cronológica

- **Archivo:** Biblioteca del Real Monasterio de El Escorial, Ms. 0-II-23.
- **Localización y Fecha:** 1598
- **Autor:** Antonio de Herrera
- **Tipo y estado:** Crónica, Fragmento
- **Época y zona geográfica:** Moderna, S. XVI. Mediterráneo

- **Archivo:** Biblioteca Nacional de Paris. Fondo español. Ms. 349.
- **Localización y Fecha:** 1598
- **Autor:** Antonio de Herrera
- **Tipo y estado:** Crónica, Fragmento
- **Época y zona geográfica:** Moderna, S. XVI. Mediterráneo

- **Archivo:** Biblioteca Nacional de Madrid. Ms. 3606, 7074, 5763 y 3624.
- **Localización y Fecha:** 1598
- **Autor:** Antonio de Herrera
- **Tipo y estado:** Crónica, Fragmento
- **Época y zona geográfica:** Moderna, S. XVI. Mediterráneo

- **Archivo:** Biblioteca Nacional de Budapest. Archivo Széchényi. Ms. 1 Inventarium Codicum Manoscriptorum Hispanicorum.
- **Localización y Fecha:** 1598
- **Autor:** Antonio de Herrera
- **Tipo y estado:** Crónica, Fragmento
- **Época y zona geográfica:** Moderna, S. XVI. Mediterráneo

"La cruel fortuna del gran diablo. El Algelceli de El Cairo, un sevillano en Oriente"

Presentación

*Dios perdone al Padre Esquerra,
Pues fue su Paternidad
Mi suegro más de seis años
En la cuexca de Alcalá,*

*En el mesón de la ofensa,
En el Palacio mortal,
En la casa de más cuartos
De toda la Cristiandad.* [\(1\)](#)

Este *Clásico Mínimo*, que sigue a continuación, es un apasionante ejemplo de una de esas nuevas maneras de narrar las tragedias generadas por el choque de aquellos imperios, Habsburgo y Otomano, orgullosos en sus ortodoxias y celosos en la reputación de su poder.

¿Cómo encontrar nuevas maneras de narrar? Sin duda que adentrándose en la realidad de las fronteras y sus gentes. Precisamente, estas gentes son las que mejor analizaron la otra parte de su mundo por haberla conocido en profundidad, por haber vivido y trabajado en ella o convivido con sus diversos grupos humanos. [\(2\)](#)

El texto seleccionado, *La cruel Fortuna del gran diablo. El Algelceli de El Cairo, un sevillano en Oriente*, corresponde a los capítulos 212 a 239 de la *Crónica de los Turcos, la cual principalmente sigue a la que escribió Juan María Vicentino [Giovanni Maria Angiolello], cronista de Mahometo, Bayasit, Selim y Suleimán, señores de ellos*.

Se trata de un texto singular, con identidad y autoridad propias. Narra las empresas del gran turco Selim, y su gente de guerra, en las conquistas de la Siria y el Egipto mameluco con la participación excepcional del Algelceli de El Cairo, hijo de una peregrina sevillana a los santos lugares. Un soberbio fragmento de la mejor literatura documental histórica de nuestro Siglo de Oro, siempre inédita y tantas veces al servicio de grandes firmas.

[\[1\]](#) Francisco de Quevedo y Villegas. [Relación que hace un Jaque de sí, y de otros] en Poesía Varia. Ed. James O. Grosby. CÁTEDRA. Letras Hispanas, Madrid, 1987.

[\[2\]](#) Emilio Sola Castaño. "Servicios secretos, información y cultura: cautiverio y libertad en el Mediterráneo clásico del siglo XVI", en *Publicacions des Born*, num. 6. Ciutadella de Menorca, diciembre 1999. Págs. 115 - 135.

Bibliografía

- ANGIOLELLO, Giovanni Maria. *Historia Turchesca*. Bibliothèque Nationale de París (Ms. Ital. 1238). Biblioteca Ambrosiana de Milán (Ms. R-119). Ministère des Affaires Étrangères de París (Cd. Misc. Turchia 2, cc 410-517).
- ARCOS, Cristóbal de. *Itinerario del venerable varón micer Luis, patricio romano, en el cual cuenta mucha parte de la Etiopía, Egipto y entrambas Arabias, Siria y la India*. Sevilla, Jacobo Cromberger, 1520. BNM R-1232.
- BUNES IBARRA, Miguel Ángel de. *La imagen de los musulmanes y del norte de África en la España de los siglos XVI y XVII. Los caracteres de una hostilidad*. C.S.I.C. Madrid, 1989.
- FERNÁNDEZ LANZA, Fernando. *La Crónica de los Turcos: fuente inédita española del siglo XVI para el mundo otomano*. 2 Vols. Tesis doctoral. Ed. en microforma. Alcalá de Henares, 1995.
- GREY, Charles. *A narrative of italian travels in Persia in the 15th. and 16th. centuries (Caterino, Zeno, Angiolello)*. Hakluyt Society, 1st. Series, XLIX. London, 1873.
- [HERRERA DE TORDESILLAS, Antonio]. *Crónica de los Turcos, la cual principalmente sigue a la que escribió Juan María Vicentino, cronista de Mahometo, Bayasit, Selim y Suleimán, señores de ellos*. Biblioteca Nacional de Madrid (Mss. 3624, 5763, 3606 y 7074). Biblioteca del Real Monasterio de El Escorial (Ms. 0-II-23). Biblioteca Nacional de Budapest (Ms. Fol. Hisp. 1). Biblioteca Nacional de París (Ms. Esp. 349).
- INALCIK, Halil. *The Ottoman Empire. The classical age: 1300-1600*. London - New York, 1973. BNM 1/145309.
- MANTRAN, Robert (Dir.). *Histoire de l'Empire Ottoman*. Ed. Fayard, Poitiers, 1989.
- PITCHER, Donald E. *An historical geography of the Ottoman Empire from earliest time to the end of the 16th. century*. Ed. E.J. Brill. Leiden 1972. BNM 1/160164.
- REINHARD, Jean. *Essai sur J.M. Angiolello, noble vicentin (1451-1525), premier historien des Ottomans (1300-1517) et des Persans (1453-1524)*. Angers, Sirandean, 1913.
- SOLA, Emilio. *Un Mediterráneo de piratas: corsarios, renegados y cautivos*. Tecnos. Madrid, 1988.
- [ULLOA PEREIRA, Juan de]. *Viaje de Turquía*. Ed. Fernando García Salinero. Cátedra. Madrid, 1980.
- URSU, Ioan. *Historia Turchesca (1300-1514)*. Bucarest, 1909.
- WITTEK, Paul. *The rise of the Ottoman Empire*. Royal Asiatic Society Monographs, XXIII. London, 1938.

La crónica de los turcos, de Antonio de Herrera y Tordesillas.

Hasta el momento se conocen siete manuscritos de la *Crónica de los Turcos* de origen y procedencia dispar, con diferencias formales y estructurales de diversa importancia. A saber

- Ms. 1 del Inventarium Codicum Manuscriptorum Hispanicorum del Archivo Széchényi de la Biblioteca Nacional de Budapest.
- Ms. O-II-23 de la Biblioteca del Real Monasterio de El Escorial.
- Ms. 349, fondo español, de la Biblioteca Nacional de París.
- Mss. 3606, 7074, 5763 y 3624 de la Biblioteca Nacional de Madrid.

De estos siete ejemplares, tan sólo tres cuentan con la totalidad de los DOSCIENTOS CINCUENTA Y CUATRO capítulos (Ms. 1 OZK-OL, Ms. 5763 BNM y Ms. O-II-23 BRME. Los cuatro restantes, incluido el posible original (Ms. 3624 BNM), están mutilados (Ms. 349 BNP) o inconclusos (Mss. 3606 y 7074 BNM).

Seis de ellos no presentan dedicatoria ni preámbulo alguno y comienzan directamente por el capítulo sobre el origen de los turcos, terminando por una fórmula vaga y ambigua dirigida a un personaje no identificado. Ningún indicio permite identificar a su autor o precisar la fecha de su composición. El séptimo (Ms. 3624 BNM), aunque ampliamente mutilado, difiere sustancialmente, en este sentido, de los anteriores.

La firma de Antonio de Herrera y Tordesillas en dos ocasiones, la fecha de finalización del trabajo, con las dudas correspondientes por la aparición de diferentes guarismos, la nota que advierte que se trata del original y hasta el momento no se ha impreso y, finalmente, la breve dedicatoria a Felipe II, parecen no permitir duda alguna sobre la autoría y originalidad de este último manuscrito.

Sin embargo, resulta un tanto extraño que ninguna de las seis presuntas copias de este original recoja cualquiera de estos datos, a pesar de que en alguna de ellas aparezca la firma del amanuense y la fecha de ejecución de la copia.

Más inquietante aún resulta comprobar que el manuscrito O-II-23 de la BRME figura en el *Inventario de Libros que fueron entregados para su custodia a los diputados del Monasterio de San Lorenzo el Real por Hernando de Briviesca, guardajoyas de S.M., a 30 de abril de 1576*. Cotejada esta fecha con las que aparecen en Ms. 3624, sólo tendría sentido, obviamente, una fecha previa, la de 1565 que remata la crónica y precede a la *Tabla de Capítulos*.

Sin embargo, si damos por auténtica la paternidad del manuscrito al Cronista de Indias, vemos que Antonio de Herrera en 1565 tiene tan solo 16 años y no ha salido todavía de Cuéllar y de la escuela formada a la sombra del afamado Estudio fundado por Gómez González. Es realmente difícil, aunque no imposible, que este joven con una inteligencia diestramente trabajada, realizara a esta edad tan temprana uno de los mejores trabajos españoles de todos los tiempos para el mundo turco.

Otra fecha a tener en cuenta, dado el mal estado de la nota firmada por Antonio de Herrera: "*Acabé esta Historia a 20-XII-1598 ¿1578?*", sería la de 1578 como la de ejecución final del manuscrito. Si bien, esta aceptación no eliminaría el problema de la aparición de la *Crónica de los Turcos en el Inventario* dado que, en cualquier caso, es posterior.

Por este tiempo, no obstante, Antonio de Herrera llevaría casi ocho años al servicio de Vespasiano Gonzaga Colonna, cinco de ellos en Italia, que le habrían permitido conocer y profundizar en la Lengua y Cultura Italianas, por un lado, y acceder, por otro, a diversas fuentes venecianas, genovesas, sicilianas o vicentinas, entre otras, para el mundo turco. Todo ello, sin embargo, parece insuficiente para entender que en esa fecha pudiera haber elaborado la crónica, ya que por entonces ni siquiera había comenzado la traducción de la obra de Juan Tomás de Minadoy sobre las guerras turco-persas y, por el contrario, había estado demasiado ligado a la resolución de los asuntos de su protector.+ Aceptando, de otro modo, el contenido del *Inventario* y teniendo en cuenta su fecha, 1576, las hipótesis que se pueden formular son varias. En tal caso, Ms. 3624 podría no ser el original, aunque concurren circunstancias para que sí lo parezca, o que siéndolo, sin data y firma, Antonio de Herrera, aprovechando esta última circunstancia, añadiera o no los capítulos postreros y se proclamara autor de la totalidad del trabajo.

No obstante, la trayectoria historiográfica, cívica, humana e incluso política del cronista de Cuéllar, presentado a Felipe II por Gonzaga, casi *in articulo mortis*, como docto en asuntos históricos, son buenos argumentos para defender lo contrario.

Mostrando un gran interés por la historia italiana y mediterránea, y como vehículo de justificación de su valía, tradujo *la Historia de la Guerra entre Turcos y Persianos (1576-1585)* de Juan Tomás Minadoy en 1588, que tan decisiva sería en la elaboración de la *Crónica de los Turcos*. En estos años, merced a su constante trabajo, habilidad, don de oportunidad para relacionarse y exagerado aprecio por lo material -que, por otro lado, le llevaron a la cárcel y el destierro en la primera década del siglo XVII-, además de afianzarse en la Corte publicó una larga serie de obras que culminarían su trayectoria historiográfica con la concesión de los cargos, apeteciblemente remunerados, de Cronista Mayor de Indias en 1596 y de Cronista de Castilla en 1598.

En estas circunstancias, nada tiene de sorprendente que un cronista *profesional* que ha localizado, conoce y dispone de fuentes abundantes italianas, chipriotas, turcas, francesas, españolas, etc. y que tiene acceso a cuanta documentación,

strictu sensu, existía, efectúe una valoración histórica coherente con su cometido específico. Otra cuestión, bien diferente, es que el producto agrade, interese o convenga en esos momentos.

Por lo tanto, es más riguroso, tras un detallado análisis de la *Crónica de los Turcos*, de la crono-bibliografía de Antonio de Herrera y examinado el estado de la cuestión, conceder a éste la paternidad del manuscrito original y aceptar la fecha de ejecución de la obra de 1598.

Centrándonos de nuevo en el manuscrito, puede afirmarse que la *Crónica de los Turcos*, una de las más voluminosas de la literatura documental española, es una de las escasas obras del siglo XVI para el mundo turco que describe, valora e interpreta contenidos de trascendental importancia para el pensamiento político español y europeo desde una perspectiva de historia contrastada, cotejando instituciones, pautas y modelos sociales, sistemas económicos, diferencias religiosas e, incluso, credos, etc., a través de fuentes contemporáneas diversas de distinta naturaleza que fueron y, en gran medida, siguen siendo las de mayor autoridad y fiabilidad para el mundo turco.

La *Crónica de los Turcos* es, en definitiva, una pieza fundamental, seria y rica en documentación para un sólido conocimiento del Islam Turco y para la reconstrucción de la mutilada *Historia Turchesca*, objeto de pillaje, alterada y atribuida a otros autores por motivos mal definidos, y otros textos impresos y manuscritos de Giovanni Maria Angiolello, testigo presencial, como cargo clave en la Corte de varios Sultanes, de gran parte de los hechos que describe.

En este sentido, la *Crónica de los Turcos* era considerada hasta hoy, erróneamente, como la traducción de los tres manuscritos italianos conocidos de la *Historia Turchesca*, que a diferencia de la anterior no está dividida en capítulos (Ms. 1238, fondo italiano, Biblioteca Nacional de París; Ms. 2 C. M. Turquía del Ministerio de Asuntos Exteriores de París y Ms. R-119 de la Biblioteca Ambrosiana). Sin embargo, la *Crónica de los turcos*, la obra erudita española más importante del siglo XVI para el mundo turco se nutre, cómo no, en primer lugar, de la original *Historia Turchesca* de la que, como queremos demostrar, no existe en la actualidad ningún ejemplar localizado, de *la Breve Narrazione della vita et fatti degli Scia di Persia Ussun Hassan e Ismael*, de *El Manuscrito de Vicenza*, de *la Relazione sulle cose dei Turchi di un Merchante Veneziano partito per Constantinopla* y *De Caelo et Mundo*, obras todas ellas de Giovanni Maria Angiolello.

Pero además, el manuscrito se caracteriza por la aparición de una importante relación de fuentes diversas, ocasionalmente indeterminadas, aunque normalmente con cita expresa de la obra y autor que inspiran al creador de la crónica.

Hallamos, en este sentido, numerosas referencias a Alazem, Paolo Giovio, Giosafat Barbaro, Francesco Sansovino, Giovanantonio Menavino, Jean Froissarte, Roberto Gagupio, Pío I y otros autores cristianos, por no referirnos a la intervención personal, realmente sobresaliente en algunos momentos, del autor del manuscrito español.

En ocasiones, tan rebotante de habilidad como la situación lo requería, cita fuentes cristianas para completar los textos del vicentino, fundamentalmente cuando intervienen en la narración los españoles. Por ejemplo, en los capítulos 107 y siguientes, cuando son evocadas las peleas entre aragoneses y turcos en la Italia Meridional.

Mientras que en la obra del vicentino cada hecho es presentado bajo el signo favorable del Gran Turco y sus antepasados, por ejemplo en la victoria turca de Nicópolis y el aplastamiento de los Cruzados, en los momentos más grises del autor de nuestra crónica, quizá intentando ganarse su soldada, prefiere seguir, sin omitir la versión de Angiolello, la evocación más cercana del francés Froissarte y la de otros autores más filo-europeos. Opera, del mismo modo, para la derrota otomana ante Tamerlán: mientras que en el texto italiano, traducido del turco, los acontecimientos se narran en un solo folio, en el texto español son necesarios treinta para presentarla.

El profesor rumano Ioan Ursu, publicó en 1909 una edición de la *Historia Turchesca* en la que equivocado, aunque no falto de argumentos, concedió la paternidad del manuscrito italiano a Donado de Lezze (1479-1526), Consejero-Gobernador en la isla de Chipre en nombre de la Señoría de Venecia que conoce y discute personalmente con Giovanni Maria Angiolello. Muy probablemente de Lezze, u otra persona, a tenor de las investigaciones realizadas hasta la actualidad resulta muy difícil demostrar quién exactamente, modifica y falsifica el manuscrito original y suprime todos los capítulos de la crónica en los que Angiolello relata, sin fanfarronería ni gloria, los acontecimientos en que es testigo pasivo o activo. Es decir, hace desaparecer el papel del Cronista de los Sultanes.

Es posible suponer que en el acentuado clima anti-turco en que estaba sumergida la cristiandad, la "objetividad relativa" de Angiolello, su deferencia hacia los Sultanes en numerosas circunstancias, su preocupación por la realidad o, seguramente, sus deseos de agradar a sus protectores turcos, chocaran notablemente con las ideas de algunos contemporáneos que no dudaron un instante en retocar su obra.

En definitiva, los tres ejemplares del manuscrito italiano considerados hasta nuestros días como de Giovanni Maria Angiolello, muy posiblemente no sean del cronista vicentino y, solamente, el manuscrito español, la *Crónica de los Turcos*, pueda si no restituir el texto íntegro del cronista de Vicenza, al menos sí la composición inicial que había dado a su obra. Aporta, además un mayor número de elementos esenciales para el conocimiento más profundo de la obra de Juan María Vicentino, así como hechos que los biógrafos de éste desconocen o no han señalado hasta la actualidad. En estas condiciones, la *Crónica de los Turcos*, esclarece también parte de la biografía de Angiolello que permanecía en la oscuridad hasta hoy.

CRÓNICA DE LOS TURCOS, LA CUAL, PRINCIPALMENTE, SIGUE A LA QUE ESCRIBIÓ JUAN MARÍA VICENTINO, CRONISTA DE MAHOMETO, BAYASIT, SELIM Y SULEIMÁN, SEÑORES DE ELLOS.

(Elaborada por Antonio de Herrera y Tordesillas, de Cuéllar,
muy posiblemente en 1598,
y que sirve para reconstruir un texto perdido:
la Historia Turchesca
de Giovanni Maria Angiolello--o Juan María Vicentino--,
cronista de varios sultanes de Estambul.
Preparada para esta edición por Fernando Fernández Lanza,
y con un mínimo y fugaz toque tipográfico de E.Sola.)

1 (c.212).

Cómo el Gran Turco tomó la empresa contra el Soldán de El Cairo.

En el año de 1516,
habiendo el señor Selim con tan feliz suceso asegurado su imperio
y con tanta gloria vencido a la gente del Sufís y del señor Alliduli,
como hombre de gran corazón y codicioso de triunfos
determinó de tomar la empresa contra Causanciauri, Soldán de El Cairo,
so color de la confederación que contra él había hecho
con el señor Sufís.

Había el Soldán, en aquel tiempo,
partido de Egipto con un grueso ejército
y venía en la Suría a procurar de quitar el estado y la vida
a Cayerbeyo, señor de Alepo,
porque --siendo su vasallo-- le había hecho desacatos muy grandes.
Y, así mismo,
venía el Soldán de buena gana a los confines del Gran Turco
por ponerle algún temor
y parecerle que, con su autoridad, concertaba
las cosas entre él y el señor Sufís.
Porque, en verdad, la potencia y felicidad de Selim
ponía espanto a todo el mundo
y veía claramente el Soldán que tampoco había sido desbaratado
por la gente del Sufís.
Y (que) --después de muerto y destruido el señor Alliduli--
no hab(r)ía cosa que le estorbase ir sobre Suría
cuando se le antojase.

Tenía entonces el Soldán 14.000 mamelucos
con otros tantos caballos de otra gente;
y los unos y los otros tan bien aderezados
de armas y de caballos y de otros muy costosos aderezos
que no había cosa en el mundo más hermosa de ver.
Los mamelucos eran todos cristianos renegados,
hombres muy diestros y recios en toda manera de armas
y tan soberbios que no creían
que había otros hombres en el mundo sino ellos;
estimando a los turcos como bestias
por haberlos vencido --treinta años había--
así, fácilmente, en Tarso.
(Según que en el capítulo 139 de esta historia se contó).

El señor Selim partió de Constantinopla el primer día de junio
con todo su ejército y corte.
Y, un día antes de la partida,
hizo juntar en la mezquita --o mosquea-- mayor de Constantinopla
gran número de sacerdotes
y hacer muchos sacrificios.

He hizo la siguiente oración en público:

2.

Oración del Turco, cuando partió contra el Soldán.

*--Sea siempre loado Dios de mí, su esclavo,
que de nonada me ha dado ser
y hecho con la mente gustar y con el corazón
la nuestra buena y católica fe.
Y otra vez Él sea loado,
que tuvo por bien darnos ha 916 años a Mahomad,
hecho señor así grande y sobre los otros nombrado Profeta.
Y a mí me ha hecho señor de la mar
y de la tierra de Levante y de Mediodía,
y con el su nombre me ha dado valor y gran prudencia
para que yo sea movido a castigar
los ultrajes y deshonestas injurias
del Sodán de El Cairo y del Sufis persa.
Y loado sea,
que me ha hecho deliberar de hacer venganza
e ir contra ellos y buscarlos,
cosa que jamás señor del mundo no ha pensado
ní, menos, podido hacer.*

*¡Oh, glorioso Dios!, gran señor firme y constante siempre,
aquella que es tu voluntad no puede faltar,
ni persona alguna puede reprobear aquello que tú eres servido de hacer.
Yo soy tu esclavo y hecho de un poco de tierra
--confiándome siempre en la tu magnificencia
y volviendo el bulto a la tu voluntad infinita--,
humildemente te me encomiendo,
siendo como la hormiga entre los otros animales
acerca de la tu gran majestad.*

*Yo voy contra el Sufís y (el) Soldán de El Cairo
por quitar toda mancilla de la fe nuestra.
Y ruego a la tu voluntad
--por el amor que tienes al nuestro gran Profeta Mahomad
y por el tu poderoso nombre y por la nuestra gran fe--,
me concedas gracia que yo pueda acabar esta empresa
y salves y guíes el ejército de los buenos y católicos que conmigo van.*

3.

Partido el señor Selim de Constantinopla
con todo su ejército y corte,
habiendo pasado el estrecho,
fue por sus jornadas adelante comiendo, bebiendo y reposando
con gran triunfo, alegría e innumerables instrumentos
como si cada un día de aquellos llegara a Constantinopla.

Ya era llegado a la ciudad de Cesarea,
lugar común o para pasar el Eúfrates e ir contra el Sufís
o para volver hacia la ciudad y monte Amaro e ir sobre la Suría,
sin que persona del mundo supiese
contra cuál de estas dos partes era la presente empresa,
aunque todavía Selim publicaba ser la jornada contra el Sufís.

En este tiempo, entre él y el Soldán
pasaron muchos embajadores y letras.
Y Cayerbeyo, señor de Alepo,
avisaba siempre a Selim de lo que del Soldán sabía
y lo convidaba a pasar contra él
--prometiéndole revelarse de su señor, como después lo hizo--
y ofreciéndole por muy certísima la victoria.

Ya el Soldán era venido en la ciudad de Amano,
antiguamente llamada Panea, que es entre Damasco y Alepo,
y caminaba todavía la vuelta de Alepo,
cuando el Gran Turco se re(s)olvió de ir contra él.
Y, así, volviéndose a la mano derecha,
pasó con increíble presteza el monte Amano;
lo cual sintiéndolo el Soldán, no pensó más en castigar a Cayerbeyo
mas solamente en defenderse de los turcos
y guardar aquel enojo
para otra vez que más oportunidad hubiese de castigarle.
Y, así, le envió a decir y rogar
que quisiese venir con su campo debajo de Alepo,
en un pequeño río que los antiguos llamaron Singra.
Y Cayerbeyo vino luego en el campo del Soldán,
en el lugar donde le era mandado,
aunque más para procurar de venderlo
que no con pensamiento de ayudarle en cosa alguna,
según después lo hizo.

El señor Selim llegó aquella misma tarde
--que fue a los 23 de agosto--
a aposentarse a ojos de los enemigos
en una grande y hermosa llanura
cerca de donde está el sepulcro del rey profeta David.
Y aquella noche se hizo la guardia en su campo de cuatro bandas,
estando siempre los que le guardaban
con sus lanzas en la mano y a caballo.
Y otro tanto se hizo en el campo del Soldán.
Y los unos y los otros durmieron bien poco aquella noche
pensando en qué manera ordenarían la gente
para la batalla que al día siguiente esperaban
que entre ellos se había de dar.

4 (c.213).

De la batalla que se dio entre el Gran Turco y el Soldán de El Cairo y cómo en ella el dicho Soldán fue vencido y muerto.

Sabido --a 24 de agosto del año de 1516, y dos años después
que los capitanes del Sufís fueron vencidos por el señor Selim--,
él se levantó al punto del alba
y poniéndose luego a caballo
llamó a todos los bajaes, belerbeys, sanjacos y capitanes
que en su campo venían,
encomendándoles y exhortándoles
que metiesen en orden las batallas y escuadras de su campo
para ir a combatir con los enemigos.
Ellos cumplieron --luego-- el mandamiento del señor
ordenando la gente lo mejor que les fue posible
y poniendo toda la artillería gruesa y menuda
donde más necesario les pareció.
Y luego --tendiendo sus banderas y estandartes
con gran sonido de nácares, tambores y otros muchos instrumentos--
se fueron contra los enemigos.
Y ellos, así mismo, salieron a recibirlos con todo ánimo y valentía.

En el campo del señor Selim venían 13.000 jenízaros,
valentísimos hombres.
Y estos se pusieron a la mano derecha suya
y --junto con ellos, a la misma mano-- iba el ejército de Grecia;
el cual llevaba el valiente Sinán Bajá, Visir y belerbey de la Grecia.
En el ala de la mano izquierda
iba el ejército de Anatolia, Amasia y Caramania;
y por capitanes de ellos Mustafá Bajá, nuevo belerbey de la Annatolia,
Ymbracor Bajá y otros muchos sanjacos y capitanes.

En medio de ambas alas iba la batalla del señor Gran Turco
que era en número de 60.000,
en que iban todos los espacis, sulusfaquis y carapacis de su corte
y todas las otras personas de cuenta que en ella había.

El Soldán hizo, así mismo, de su gente otras tres batallas,
de las cuales el ala de la mano derecha dio a Sybeyo Balbán,
señor de Damasco, y al Algaceli de El Cairo.
La de la mano izquierda a Cayerbeyo, Señor de Alepo.
Y él tomó para si la batalla de en medio,
en que puso la mayor parte de sus mamelucos
y otras personas de quien mayor crédito se tenía.

Y así, siendo llegada la hora tercia,
de la manera que dos flotas o armadas de mar
--ayudándoles para ello el viento--
llegan a romper,
así los dos grandes ejércitos se juntaron
con tan grande estruendo
que los animales que eran por las montañas
se sabe que huyeron y se metieron en las cavernas
y que muchos hombres quedaron de aquel día sordos para siempre.
El batimiento de los golpes era tan continuo
y los polvos tan demasadamente grandes,
que más se conocían por las voces que no por las señales.
No se podían bien entender si era de día o de noche.
Y, así, muchas veces acaecía andar algunos abrazados sobre los caballos
y venir otros que los departirían sin poder conocer el que venía
cuál de aquellos era el de su parte para poderle ayudar.
Otros caían en el suelo antes que los departiesen
y allí los departiesen también los que eran de su parte como los enemigos.
De manera que la batalla era tal
que la boca del infierno no podía ser más espantable.
Así, se estuvo sin declinar la victoria a ninguna de las partes
hasta el mediodía,
que muchas veces el un ejército llevaba la mejoría y otras veces el otro,
lo cual acaeció más de seis o siete veces.
Los que en esta batalla más se señalaron
--combatiendo valentísimamente y dando cada uno de ellos
mucho esfuerzo a los de su parte--
fueron Sinán Bajá, de los capitanes del Gran Turco,
y el Algaceli de El Cairo de los del Soldán.

Estando la batalla en tales términos
--y aún teniendo la parte del Soldán alguna mejoría--,
Cayerbeyo, señor de Alepo,
sin ninguna necesidad por hacer perder la jornada,
volvió las espaldas hasta meterse en la batalla del Soldán
--que hasta entonces ella y la del Gran Turco no habían roto--,

de manera que la gente de Cayerbeyo y los enemigos que con ellos venían,
envueltos de necesidad, hubieron de abrir algo la batalla del Soldán.
Y visto por el Gran Turco la mucha prisa, fue a romper.
Y la vuelta de entonces fue tan grande
que hartos cayeron en el suelo sin ser encontrados de los enemigos;
y aún el mismo señor Selim,
no sabiendo cómo, ni si era suyo ni ajeno,
se topó con otro caballero y ambos vinieron al suelo.
Pero fue conocido de sus guardadores y puesto luego a caballo.

5.

El Soldán, al partir para romper con la batalla de Selim
--en la corrida de la gente--, tropezó su caballo y cayó con él.
Y por ser viejo y aún quebrantado,
por presto que fue socorrido de los suyos,
ya cuando le quitaron el caballo de encima le hallaron muerto
en aquel remolinar que allí hicieron sus guardadores.

Se supo el desastre del Soldán por la mayor parte de la batalla,
lo cual enflaqueció mucho a todos los de su parte.
Y él fue puesto a caballo, y uno a las ancas para que lo tuviese,
y con hasta 200 mamelucos le llevaron para Alepo
creyendo que el espíritu no era partido del cuerpo
y que tornaría en sí.

Mas como la gente del Soldán
vieron partirse aquellos mamelucos de la batalla,
todos se pusieron en vencimiento.
Y hasta que el cuerpo llegase en Alepo
ya los de la batalla --dejando de pelear-- venían huyendo a rienda suelta
y todos los que lo pudieron hacer se vinieron a salvar en Alepo,
donde estuvieron aquella noche hasta pasada la media de ella
y luego se fueron adelante, a la vuelta de Damasco.

Quedaron aquel día en el campo, de una parte y de la otra,
más de 100.000 hombres muertos.
Y en el alcance desde la batalla hasta Alepo
fue grandísimo el que los del Soldán recibieron,
que en la batalla había sido la pérdida de por medio.
De los capitanes del Soldán
fueron muertos Sybeyo Balbán, señor de Damasco,
y el señor de Tripol.
El Algaceli de El Cairo,
habiendo peleado valentísimamente
--hasta que ya en los de su parte no había defensa alguna--,
a pesar de sus enemigos, se salió de entre todos ellos y se salvó.

Los turcos no fueron esa noche a Alepo
porque en robar el campo,
los pabellones y otras cosas del real se detuvieron.
Que había harto quehacer
según las muchas riquezas y costosos aderezos
que el Soldán y todos los suyos traían.
El señor Selim algo mal dispuesto se sintió
de la caída que aquel día dio.
Y aún se le abrió una llaga vieja de cáncer
que en la cadera tenía y se le había sanado,
pero no fue el mal de manera que dejase de cabalgar a caballo
y tomar armas.

6 (c.214).

Cómo Cayerbeyo, señor de Alepo, vino al servicio del Gran Turco y fue de él bien recibido.

Otro día de mañana, el Gran Turco Selim vino en Alepo,
donde fue recibido sin contraste ni defensa alguna.
Estuvo allí algunos días descansando
y recibiendo las llaves de diversos castillos de la comarca
que le fueron traídas;
en las cuales él puso algunos jenízaros por alcaldes
dándoles para la guardia de ellos la gente que pareció ser necesaria.

Los de Alepo había detenido el cuerpo del Soldán.
Y luego que Selim fue entrado en la ciudad,
se le(/o) dieron, y le(/o) mandó enterrar honradamente allá en Alepo.
Y siendo pasados algunos días
mandó a Janus Bajá que con una parte del ejército
siguiese las reliquias del campo roto del Soldán.
Y --haciéndolo así-- fue la vuelta de Damasco.
Y siempre hallaba en el camino muchos de los enemigos muertos
y otros heridos, los cuales él hizo acabar de matar.
Y así llegó en la ciudad de Suría llamada Ocama.

Cayerbeyo, señor de Alepo, y el Algaceli
se toparon después de perdida la batalla.
Y el dicho Cayerbeyo dijo al Algaceli
que --pues tan contraria había sido la Fortuna del Soldán-- le parecía
se debían venir al servicio del Gran Turco;
porque, sin duda ninguna,
creía que serían de él benignamente recibidos.
Pero el Algaceli respondió que él no determinaba servir
a aquel que a su señor había muerto.
Y, así, se fue a la vuelta de El Cairo.

Cayerbeyo vino a la ciudad de Ocama,
donde Janús Bajá estaba, y se presentó delante de él;
el cual le recibió bien.
Y preguntádole la causa de su venida, Cayerbeyo dijo
que él venía a prometer de ser buen servidor y leal esclavo
del señor Selim, Gran Turco.
Janús Bajá le dijo que él había tomado buen acuerdo en aquello;
por tanto que, sin más deternimiento, se fuese a Alepo
--donde El Gran Señor estaba--
y que él le daría su carta que le llevase;
y que fuese cierto que hallaría en él un señor muy gracioso
y muy honrador de los que le servían.

Y, así, partiéndose luego Cayerbeyo,
Janús Bajá escribió con él al Gran Turco
dándole cuenta de su venida y recomendádoselo.
Y llegado que fue en Alepo,
se fue luego a echar a los pies del Gran Turco
dándole la carta que (de) Janús Bajá traía.
El señor Selim le recibió con muy buena voluntad
y --mandándole levantar de allí--
le hizo muchas honra diciéndole muy buenas palabras.
Y haciéndole después proveer de pabellones
y de otras cosas de seda, oro y plata,
y tomando de él juramento y pleito homenaje
al modo y usanza de ellos,
le mandó que tuviese cargo de Alepo así como de antes lo solía tener.
Y, así mismo, le hizo sentar delante de él, en muy honrado lugar,
entre todos los Bajaes y señores que allí estaban,
de los cuales Cayerbeyo fue también muy bien recibido.

7 (C.215). Cómo el Gran Turco entró en Damasco y de lo que después de allí proyectó.

Después de haber estado el señor Turco, sultán Selim,
descansando algunos días en Alepo,
é l partió de allí con todo su ejército a la vuelta de Damasco.
Llegado que fue cerca de la ciudad,
hizo poner sus tiendas y pabellones delante de ella.
Y la manera como esto se hizo es que, antes que entren
en el aposento del señor, ponen tres pabellones
con paso de uno al otro, y en esos tres pabellones
hasta la guarda y porteros a la orden
de las tres puertas del palacio de Constantinopla.
De lo cual, en el fin de esta crónica,
hablando de la manera de la casa del Turco,

se dará alguna relación.

Están, así mismo alderredor (sic),
otros muchos pabellones para el servicio
y también todos los de los cadíes, visires y otras personas principales
porque se hallaran tan cerca del señor cuando quisieren entrar en Consejo.

Pues así es que --puestos los pabellones del Gran Turco
cerca de Damasco-- en el primero de los tres de la entrada
había gentes de veintidós lenguajes,
cosa que jamás fue vista a puerta de ningún señor grande.
Y como sultán Selim hubiese estado algunos días
en el campo fuera de la ciudad,
determinó de entrar en ella;
lo cual hizo con gran triunfo y mucho número de instrumentos.
É l se aposentó en el palacio real que allí había
y luego --dentro de pocos días-- le fueron allí traídas
las llaves de muchas ciudades y fortalezas a entregárselas.
Pero viose una cosa que la tuvieron por maravillosa.
Y fue que --aunque muchos criados del Soldán
y oficiales de su cámara y casa se vinieron al Gran Turco
y se sabía que él los recibía con las mismas condiciones y partido
que del Soldán tenían-- ningún mameluco se vino a él,
antes los que se escaparon de la batalla
se fueron para El Cairo todos, según que adelante se dirá.

El señor Selim mandó a Damasco a dos capitanes suyos,
el uno llamado Mehemedi Bey y el otro Eschender Bey,
que con la gente de Grecia fuese a la vuelta de Gazara,
que es una ciudad al principio del desierto.
Y partiendo luego los dichos capitanes para allá,
fueron en el camino muchas veces salteados de moros, de árabes;
mas, todavía --aunque con trabajo-- hubieron de llegar a Gazara
y entraron en la ciudad.
Lo cual fue luego sabido por los mamelucos que en El Cairo estaban.

8 (C.216).

Cómo los mamelucos eligieron nuevo Soldán y el Algelceli fue contra los turcos que en Gazara estaban y los vino a socorrer Sinán Bajá.

Luego, como los mamelucos fueron desbaratados
en la batalla de Alepo
--cuando el Soldán Causanciauri fue muerto según se ha contado--,
dándose toda la prisa que les fue posible se fueron para El Cairo.
Y --como allí fuesen llegados-- acordaron de elegir otro Soldán.
Y hechas sus ceremonias acostumbradas
--de las cuales, por no hacer al propósito, no se dará aquí relación alguna--,

ellos eligieron por Soldán a un buen caballero mameluco
llamado Tumos Bey, el cual era almiralle (sic) de Alejandría.
Pero luego --como este nuevo señor fue elegido--
sabiendo que en Gazara estaba gente del Turco,
envió contra ellos al Algaceli, que es el alguacil mayor de El Cairo;
el cual tomando licencia del Soldán, con toda la gente que pudo allegar,
se fue para Gazara, donde los enemigos estaban.

Mas como la pérdida de la batalla pasada había sido grande
y muchos de los pueblos seguían ya al vencedor,
no pudo llevar el Algaceli más de hasta 5.000 hombres,
aunque de todos los lugares por donde pasaba
hacía ir con él la más gente de ellos.
Sabidos por los turcos --que en Gazara estaban-- la venida del Algaceli,
fue cosa que mucho les pesó a causa de tenerlo por valentísimo hombre,
como en la verdad lo era. Y así, incontinente,
hicieron un mensajero para el Gran Turco haciéndoselo saber.
El mensajero era uno de los moros de aquella tierra,
el cual fue a gran prisa y de buena gana
porque toda la gente de la tierra holgaba del nuevo señorío del Turco
y estaban --antes-- mal contentos del los Soldanes
a causa de los mamelucos.
Como si el Turco no tuviese genízaros,
que los unos y los otros,
cuando son cristianos que dejan su fe,
son una misma cosa.

Llegado el mensajero en la ciudad de Damasco,
donde el señor Selim estaba,
él deliberó de enviar luego socorro a aquella gente de Grecia
que allí estaba.
Y, así, mandó al valiente Sinán Bajá, belerbey de la Romania,
que con 15.000 combatientes y mucha presteza fuese en la vía de Gazara.
Y partiendo a la hora Sinam Bajá --y andando de día y de noche--,
llegó a Gazara aún antes de la venida del Algaceli,
porque él se había detenido algo a causa de haber pasado alguna arena.

9 (Discurso de Algaceli).

Llegado Algaceli cerca de Gazara,
supo cómo era llegado Sinam Bajá con los dichos 15.000 hombres.
Y aunque es cierto que le había de pesar demasadamente la tal nueva,
no lo dio punto a entender.
Antes --como buen capitán--, comenzó de esforzar a los suyos diciéndoles:

*--Hermanos:
puesto caso que a nuestros enemigos se ha venido tan gran socorro,
si vosotros os habéis como valerosos
yo confío en Dios que le placirá de daros victoria.*

*Lo que es menester hacer es que todos juntemos con los enemigos,
hechos una pella,
porque ellos vendrán repartidos en sus batallas.
Y así, nosotros haremos otras tantas como ellos trajeren,
mas iremos tan cerca unos de otros
que antes que se rompa la primera batalla nos podamos juntar
y --con nuestra buena valentía--
primero que los enemigos tengan tiempo de se recoger,
serán desbaratados y los llevaremos a todos a El Cairo.*

10 (c.217)

Cómo el Algaceli acordó de dar de noche en los enemigos y Sinán Bajá fue avisado de ellos.

Aquel día, Algaceli fue a poner sus pabellones
a un lugar que se llamaba Catia.
Y allí supo cómo la gente de Grecia que estaba en Gazara estaba
y, así mismo, la que Sinán Bajá había traído,
estaba a tres leguas de allí y que le salían a buscar.
Y que eran cuatro tantos que no los suyos.
Por lo cual él determinó de esperar allí
hasta que los enemigos se llegasen a la postrera jornada de donde él estaba;
y que --donde quiera que aposentasen real-- iría a dar de noche en ellos
porque pensaba de aquella manera poder alcanzar victoria.

Pero acaeció que un traidor --de un criado del mismo Algaceli
que supo lo que estaba concertado--
envió esa noche un hermano suyo a Sinán Bajá
haciéndole saber lo que estaba concertado.

Lo cual sabido por el dicho Sinán Bajá,
él se hincó de rodillas y dio grandes gracias al su gran Profeta Mahomad
rogándole --pues él era mayor Profeta que los otros-- guardase
y diese favor y ayuda a los que seguían su santa ley
e hiciese volver la ira de Dios contra los herejes y enemigos suyos.

Luego,
haciendo juntar todos los capitanes y personas principales del ejército,
les dijo lo que los enemigos tenían concertado
y que ya sabía cómo la gente de aquella tierra se acostaba a los superiores;
por tanto, que fuesen ciertos que si la batalla perdían
que hombre de ellos no escaparía de ser hecho piezas.
Que sería bien enviar su real
a ponerlo a una legua o algo más de los enemigos;
y que llegando allí temprano,
tendrían harto tiempo de comer, beber y reposar.
Y que en siendo de noche todos se pondrían a caballo y en orden
para que cuando los enemigos viniesen --pensando hallarlos durmiendo--
los hallasen como fuertes guerreros.

A todos pareció bien el consejo de Sinán Bajá
y los sacerdotes y oradores del templo que en el campo venían
dijeron que, pues Mahomad milagrosamente les había enviado aviso,
que fuesen ciertos que les quería dar la victoria.

Sinán Bajá envió luego hombres del campo
que vieses dónde sería bueno ir a asentar su real
a una legua de los enemigos;
los cuales --yendo a ello-- hallaron un sitio muy bueno, asaz fuerte,
con un arroyo que entre ellos y la gente del Algaceli pasaba.
Y, así, volvieron a Sinán Bajá y le dieron cuenta de lo que habían hallado.
Luego --al día siguiente-- partió el real
y antes del mediodía llegaron a un sitio y asenta(ron) en él sus pabellones.
Luego la gente comenzó a entender en comer y descansar,
aderezando lo que necesario era para esperar a los enemigos.

Esa noche el señor Algaceli tenía su gente
--que serían hasta 6.000 hombres o poco más--
en un montecillo a tres millas de los enemigos.

Y haciendo que la gente comiese y bebiese,
luego que oscureció hizo requerir los caballos y aderezar todo lo necesario
para que pasara la media noche fuesen a dar en el real de los enemigos.
Ya que estaban para cabalgar --sin sonar instrumentos algunos--,
acaeció que uno de Gazara
--a quien Algaceli había librado de la horca en El Cairo--
venía con ciertas cargas de bastimento al campo de Sinán Bajá;
y como vio que en siendo de noche aderezaba la gente y se armaban,
creyó que querían ir a dar escondidamente en el real de Algaceli;
y que --por tomarle más descuidado de lo que era menester--
que de necesidad se perdería.
Acordándose de la buena obra que de él había recibido.
Dijo que quería ir a dar de pacer a sus bestias.
Y así, saliendo con ellas del real, las dejó en una pradera
y fue a dar aviso al Algaceli de lo que pasaba.
Y así mismo, le certificó cómo la gente de los turcos
era más de 26.000 hombres.

Como esto fue sabido por el Algaceli,
tuvo por cierto que los enemigos querían venir a dar en su campo.
Y como ya él y todos los suyos estaban armados
para ir a buscar(los) a ellos, acordaron de esperarlos allí.
Y como los unos y los otros traían sus espías
para saber lo que en el campo contrario se hacía,
todos tuvieron nueva cómo los enemigos estaban despiertos y armados.
De manera que, así los turcos como la gente de Algaceli,
llevaron una mala noche.

11 (C.218). De lo que el Algaceli dijo a los capitanes y gente de su campo, queriendo pelear con los enemigos.

Venido el día siguiente, todos hubieron gana de descansar
teniendo sus atalayas las unas contra las otras.
Como el señor Algaceli viese la sobra de gente que los enemigos tenían,
hizo llamar a todos los capitanes y hombres principales de su campo.

Venidos que fueron en su presencia, él les dijo:

--Hermanos míos:

*Ya todos sabéis los trabajos que han venido sobre la persona,
ejército y estado del Gran Soldán Causanciauri, nuestro señor.
Y cómo, al tiempo de su muerte, por el remedio de la tierra
fue criado el señor Tumos Bey por nuevo Soldán,
a quien todos juramos lealtad como buenos y leales vasallos.
Y así mismo os es manifiesto cómo escogiéndonos el señor dicho,
entre las gentes que en El Cairo tenía,
nos envió contra los turcos que en Gazara estaban.
Al tiempo que de allá partimos,
pensábamos que veníamos contra ocho o nueve mil hombres,
y ahora les es venido socorro de 15.000;
y aún el remedio que contra ellos habíamos buscado
de acometerles de noche, no quiso Dios que pudiésemos usar de él,
aunque en verdad no nos queríamos aprovechar de ese ardid
por flaqueza de ánimo, mas porque es justa cosa
que uno contra cuatro enemigos busque manera o industria
para librarse de ellos.*

*Quiéroos rogar a todos afectuosamente
que ninguno de vosotros se parta del campo
sin sacar sangre, poca o mucha, de vuestros enemigos.
O que toda la suya, juntamente con el alma, vaya fuera del cuerpo;
porque si esto hacéis,
con la mitad de los que aquí están yo me atreveré
a romper el ejército de los turcos.
Por ende, cada uno responda y declare aquí su voluntad
y a quien le pareciere cosa no razonable darse la batalla
desde 6.000 hasta 24.000 que los enemigos son,
pártase luego para El Cairo, que allá hará provecho
y aquí no podrá dejar de ser causa de mucho daño.
Aunque más de los 3.000 que aquí están yo espero,
en su bondad, que a lo menos quedará conmigo.
Y cuando otra cosa fuese, queriéndoos ir la mayor parte del ejército,
yo no podré hacer sino seguirle con el remate de él
sin vergüenza ninguna,
porque no podrá decir el nuestro señor Tumos Bey
que yo dejo de dar la batalla teniendo quien me acompañe en ella.*

Todos los que al señor Algaceli escucharon
le dieron por respuesta
*que con cualquier capitán osaran ellos dar la batalla a los enemigos,
cuanto más con él.
Que sabían su gobernación grande y mucha valentía
y que --con ayuda de Dios-- ellos alcanzarían la victoria
a pesar de aquellos perros robadores.
Y que, así, tenían por cierto que si el señor de Alepo*

*y los otros de su escuadra no huyeran de la batalla pasada,
que la victoria fuera del Soldán.
Porque al tiempo que ellos huyeron
no andaba la batalla donde se había comenzado,
antes más de dos tiros de flecha contra la parte de los enemigos.
Por tanto, que él acometiese denodadamente a los enemigos,
que todos estaban aparejados de vencer o perder la vida por él.*

El señor Algaceli se alegró mucho
del esfuerzo que en todos los suyos halló,
lo cual él les agradeció con todas la buenas palabras que pudo,
ofreciéndole muchas mercedes y gracias de parte del Soldán.
Y con mucha humildad les rogó
que de todo lo que él ahí tenía dispusiesen
quien quiera que lo hubiesen menester o quisiese,
y que les encargaba que todos mirasen
las riendas o cinchas de sus caballos y las armas
con que habían de matar a sus enemigos y defenderse ellos.
Así mismo les rogó que todos se remitiesen y perdonasen
cualquier enojo que entre si tuvieran
y se diesen la paz como hermanos,
lo cual se hizo con muchos suspiros y llantos.

12 (c.219).

**De lo que Sinán Bajá dijo a los capitanes y gente de su
campo
queriendo pelear con el Algaceli.**

Sinán Bajá --así mismo aquel día--
hizo juntar a todos los capitanes y personas principales de su ejército
en una gran plaza que delante de su pabellón estaba.
Y allegados que allí fueron, él les comenzó a decir:

*--Escuchadme bien, caballeros y valientes hombres.
Bien sabéis que en muchas batallas
--tales y mayores que la que ahora esperamos dar-- os habéis visto
y siempre con vuestro buen esfuerzo y valentía las habéis vencido,
siendo los enemigos tantos como vosotros,
y otras veces más o menos, según el caso lo ofrecía.
Pero ninguna de todas ellas con tanta razón habiades de vencer
como en ésta,
porque, en respecto de vuestro ejército,
el de los enemigos es de muy pequeño valor y número;
y no placera a Dios que para vosotros y a mi esté guardado
que los pocos venzan a los muchos.*

*Yo os ruego que miréis que estos vuestros enemigos,
desesperados y abandonadas sus vidas, os quieren dar la batalla;
que --según razón-- después que supieron que nosotros éramos avisados
del salto que anoche nos querían hacer,
se debieran ir en la misma hora
y no ofrecerse tan conocidamente a la muerte como ahora lo hacen.
Por tanto, no pongan temor ninguno en vuestros corazones,
sino que tengáis por cierto que Dios todopoderoso ha querido*

*dar esta tierra al vuestro gran señor Selim.
Y no consiente a los que tenéis delante, ni a los que en otra parte están,
sino que pasen por el filo de vuestras espadas.
Y así le place al nuestro gran profeta,
por cuyos ruegos Dios nos quiso conceder la victoria pasada.*

*Bien sabéis que aquel que está determinado que haya de morir,
que aprovecha poco que ninguno piense de escaparle
aunque estuviese metido en un castillo de hierro.
Así que el que Dios quiere guardar,
con pequeño trabajo y de necesidad está seguro
aunque todo el mundo piense en dañarle.
Lo cual digo porque Dios nuestro señor
quiere guardarnos como a su pueblo,
que seguimos la doctrina de su gran profeta Mahomad,
y a estos moros canes tiene determinado de destruir
cegándoles el entendimiento para no poder salvarse
en tres días que ha que saben y ven la ventaja
que nuestro ejército les tiene.*

*Y esto no es otra cosa sino que Dios quiere
que vosotros seáis vengadores de sus ofensas
y le hagáis sacrificio de estos como acostumbráis a hacer de castrones,
quedando por señores de sus casas y haciendas y todo lo que más tienen.
Si no, decidme qué razón tuvieron de huir el señor de Alepo
y los otros que con él huyeron en la batalla pasada,
pues se hacían en aquel punto
alrededor de nuestras banderas y estandartes
y nos habían ganado los mamelucos mucha parte del campo.
Claro está que no fue sino que quiso nuestro gran profeta
maravillosamente en un momento
que aquellos que se tenían por vencedores tornarlos en vencidos,
haciendo a nosotros señores de tan valeroso despojo y honra
como aquel día se ganó.*

*Combatamos, hermanos nuestros, sin temor,
que la victoria es nuestra.
Y en verdad que el que en esta batalla
no se hubiese bien y valientemente,
mal empleado sería el pan y la sal que hasta ahora ha comido
de nuestro Gran Señor.
Y rúegoos que os acordéis
(de) que aquellos que en la primera batalla murieron
eran nuestros caros compañeros y amigos,
y que el que en más trabajo aquel día puso
al ejército de nuestro señor el Gran Turco,
fue ese traidor de Alcadeli que delante tenéis.
Y de levante a poniente no creo que otro hombre
más enemigo de la casa otomana hay y ha habido
como ese cruel can;
que yo por mi ojos le vi matar
muchos señores y hombres de gran estima.
Por tanto, ahora agradeced a Dios que os le haya puesto delante
y él ose esperar a daros la batalla,
que será llegado el día de su merecida muerte.
La sangre que éste sacó de vosotros y de vuestros amigos
aún no es acabada de correr,
ni los cuerpos que él hizo pedazos aún no son podridos.
Mirad cuán cara cosa es al señor nuestro Constantinopla,
que mucho más lo será la cabeza de este traidor.
Y, así, se podrá tener por bienaventurado
aquel que tuviere dicha de llevársela.
Y se pueda creer que por muy principal que al presente sea,
será entonces cabeza de lo que aún ahora no es tenido por pies.*

Fernando Fernández Lanza:

"La cruel fortuna del gran diablo. El Algaceli de El Cairo, un sevillano en Oriente"

*Delante tenéis este tan cruel enemigo,
y yo os he querido traer a la memoria lo que debéis
al nuestro Gran Señor
para que cada uno procure de pagar esta deuda,
como yo de vuestros esfuerzos y valentía espero.*

Todos los capitanes y otras personas que allí estaban
respondieron a grandes voces:

*--¡Dios conserve y dé larga vida y prosperidad al nuestro Gran Señor
y guarde al su buen esclavo y valentísimo capitán Sinán Bajá!*

Y luego allí muchos hicieron voto de perder los cuerpos
o sacar el ánima de Algaceli.

Y lo que esto prometieron se juramentaron unos con otros para ello,
pero no les fue tan ligero de acabar como ellos pensaban.

13 (c.220).

De la batalla que entre el señor Algaceli y Sinán Bajá hubo y lo que en ella sucedió.

Siendo venido el otro día de adelante --luego, por la mañana--
los unos y los otros salieron de sus alojamientos a lo llano,
dejando el señor Algaceli el monte donde estaba,
pasando los turcos aquel pequeño arroyo que por delante tenían.

Sinán Bajá hizo tres batallas de su gente,
poniéndose él en la del medio,
y Algaceli hizo otras tres de la suya;
pero llevolas tan juntas que --cuando llegaron a romper--
con poco que la delantera se detuvo las otras dos la alcanzaron;
y haciéndose todas ellas una pella,
denodadamente acometieron la primera batalla de los turcos;
la cual --como era de la gente de Grecia-- en muy poco rato
los del Algaceli mataron más de 2.000 cristianos,
mancebos hermosos como las rosas,
que mucha mancilla pusieron en sus tierras.
Visto por Sinán Bajá el daño que el Algaceli en aquella su batalla hacía,
a gran prisa la vino a socorrer con las otras dos.
Y cercó con su gente toda la de los enemigos alderredor;
pero ellos se sostenían valentísimamente,
saliéndose de entre ellos cada vez que querían
y tornando a dar por el un lado
con tan gran furia que hasta los estandartes les hacían retraer.

Así, se hizo aquel día una tan cruel batalla
que lengua humano no lo podría contar;
porque --desde a poco que se comenzó-- los caballos no podían andar
sino sobre muchos cuerpos hermosos y valientes
que en aquel campo estaban caídos unos sobre otros.
Muchas veces el Algaceli entraba con sus guardadores entre los turcos

hiriendo y haciendo pedazos muchos de ellos
y --a pesar de todos-- se tornaba a salir donde los suyos estaban.
Otras veces --que fueron más de cinco o seis--
él recogía su gente a una parte
y Sinán Bajá y los otros capitanes turcos así mismo la suya,
haciendo cada uno la señal de recorta.
Y después de haber tomado algún poco de descanso
y apartándose del lugar donde estaban los muertos,
tornaban a juntarse haciendo más cruel y espantosa batalla que de primero.
De esta manera se mantuvo el valiente Algaceli
con los 6.000 hombres contra más de 24.000 que los turcos eran,
hasta que la noche oscura los cubrió;
con la cual dejaron todos de acabarse de matar.

Sinán Bajá se recogió a su real y Algaceli, así mismo, al suyo.
Pero aquella misma noche
le vino un mensajero del gran soldán Tumusbey
en que le enviaba a mandar que no diese la batalla
mas que --en cualquier estado que el mensajero le tomase--
se partiese a la hora y se fuese para donde él estaba
porque sabía que el Gran Turco se le acercaba a mucha prisa.
Y, así, se partió luego el Algaceli
con hasta 2.000 de a caballo que le habían quedado,
dejándose todos los pabellones y carruajes por llevar
en las bestias de carga que en el campo habían
con algunos heridos que de la batalla habían quedado.
Venido el día siguiente, Sinán Bajá --que herido estaba--
mandó salir al campo toda la gente que desde el día antes le había quedado.
Pero luego supo cómo los enemigos
--los cuales él pensaba que madrugaban para salir a la batalla--
ya estaban cerca de tres leguas de allí.
Y, así, todos los suyos fueron luego al real del Algaceli,
donde hallaron asaz despojo y todos los pabellones que habían traído.
Pero no hallaron en todos ellos sólo un hombre,
porque todos los que habían escapado vivos de la batalla
se los llevó consigo el Algaceli.

Y después de haber robado los turcos cuanto en el real había,
volvieron donde fue la batalla.
Y apartando los cuerpos muertos de su parte a un cabo,
Sinán Bajá hizo cortar todas las cabezas de los enemigos.
Y las de los que más principales parecían,
así en las armas como en la ropa,
él las llevó a Gazara para las enviar al Gran Señor.
Y todas las otras mandó enclavar en aquellos palmares
y otros árboles que en el campo estaban,
para que el Gran Turco las pudiese ver cuando por allí pasase.
Fueron muertos en esta batalla de la parte de Algaceli
hasta 4.000 hombres

y de la de los turcos más de 15.000,
que los 5.000 de ellos fueron mancebos cristianos de la Grecia
que Sinán Bajá hizo ir en la primera batalla
como siempre los turcos lo acostumbran hacer.
El cual --luego, aquel día--
tornó en Gazara haciendo gran fiesta por la victoria pasada.

14 (c.221).

De quién fue este señor Algaceli y la manera con que llegó a ser tan principal persona en la casa y estado del Gran Soldán.

Una mujer viuda de la ciudad de Sevilla, llamada Juana,
determinó de ir peregrina a visitar la santa casa de Jerusalem.
Y poniéndolo así por obra, llevó consigo a un su hijo
sólo que tenía de hasta diez años.
Al tiempo que a Jerusalem llegó,
acaso estaba allí el gran soldán Causanciauri
que en la batalla de Alepo fue muerto.
Y como un día el dicho Soldán andaba por la ciudad,
acertó a ver en una calle a la peregrina española
y así mismo a aquel su hijo que consigo llevaba;
el cual le pareció demasíadamente hermoso, como en la verdad lo era.
Y, por tanto, escondidamente se lo hizo luego hurtar
y le envió a la ciudad de El Cairo,
donde lo más del tiempo él y los otros soldanes acostumbraban residir.
La pobre mujer peregrina --luego que a su hijo echó de menos--
aguardó a un día que el Soldán cabalgó para andar paseando por el lugar
y llegando a él se le quejó que le habían hurtado a su hijo;
por tanto, que le suplicaba se lo mandase dar
pues todos los peregrinos que a Jerusalem venían
era con seguro y fe de su palabra real
que no se les sería hecho daño ni fuerza alguna.

El Soldán mostró querer hacer gran pesquisa por el hurto del muchacho
y pareció que los mamelucos le habían llevado a El Cairo.
Y así era verdad; pero había sido por mandado del propio Soldán.
Luego que esto fue sabido,
el Soldán mandó dar una buena cantidad de dineros a la peregrina
y le dijo que pues todos los peregrinos se partían,
que ella se podía ir juntamente con ellos
pues no había tiempo de poder esperar a que el muchacho
fuese traído de El Cairo.
Y que él le prometía de enviársele con los peregrinos del año venidero
a Chipre o a Venecia,
y aún, si alguno viniese de España en peregrinaje,
se le daría o encomendaría para que le trajese;

y al mozo haría proveer de dineros
con que tuviese bien con qué ir hasta su tierra, y aún le sobrase.
La peregrina dijo que ella determinaba de estar en Jerusalem
hasta cobrar su hijo, pues su Gran Alteza prometía de enviárselo.
Y que si Dios fuese servido, que el año venidero se iría con los peregrinos.
El Soldán mandó que --por todo el tiempo que allí quisiese estar--
la dejasen posar en el hospital donde los peregrinos se albergaban
y mandó al gobernador de Jerusalem --el cual era cristiano de nación--
la proveyese de cualquier cosa necesaria
por todo el tiempo que allí estuviese.

Y el dicho señor Soldán se volvió a El Cairo.
La triste viuda estuvo unos día en Jerusalem esperando a su hijo;
y --desde que le pareció que era tiempo de ser venido--
demandó al gobernador de Jerusalem
un salvoconducto para ir a El Cairo;
el cual le fue luego por él dado, encomendándola a otros que allí iban.

Llegada la dicha mujer a El Cairo,
halló a su hijo mudado el nombre.
Y todo lo que pudo hacer fue derramar muchas lágrimas
y estar allí en El Cairo
porfiando de ver al Soldán todas las más veces que podía,
diciéndole siempre a voces que cumplierse su palabra
haciéndole tornar su hijo.
Y en esto estuvo cuatro años en El Cairo,
siendo siempre proveída del Soldán
y viviendo entre los cristianos que allí estaban.
Pero después que el hijo hubo cumplido los catorce años,
a ella le dijeron que ya no podía volver a ser cristiano
sin recibir por ello la cruel muerte;
pues que --pasado de los catorce años-- se había declarado
querer ser mameluco.
La mujer recibió aquel tormento cuerdamente,
puesto caso que gravemente lo sintiese,
y perdida del todo la esperanza de recobrar el hijo
se volvió a Jerusalem;
donde vivió más de otros quince años
--barriendo la iglesia del Santísimo Sepulcro de nuestro redentor--,
siendo visitada y proveída del hijo.

Este mozo se crió en casa del soldán Causanciauri;
el cual le fue tan adepto después de ser hombre
que le hizo su alguacil mayor de El Cairo,
que es la segunda persona del Gran Soldán.
Y fue tan valiente como habéis oído.
El cual --partiéndose de la batalla que con Sinán Bajá hubo--
fue la vuelta de la ciudad de El Cairo,
dejando por el camino --en los lugares seguros--

algunos de los compañeros heridos.
Y, así, llegó a El Cairo, donde el Gran Soldán estaba,
lleno de mucha tristeza.

15 (c.222). Cómo el señor Selim partió de Damasco y vino a la ciudad de Jerusalem, y de lo que allí hizo.

Estando el señor Selim para se partir de la ciudad de Damasco,
envió a un sanjaco con 1.000 hombres a caballo
que fuese a la vuelta de Gazara a saber de Sinán Bajá.
Y que él y ellos se tornase luego para ir con él,
la vuelta de Jerusalem.
El dicho sanjaco se partió luego --según le era mandado--,
y habiendo andado cuatro jornadas y media de Damasco
fue salteado de los árabes de tal manera
que --de todos los que con él iban-- no se escaparon
sino seis que no fueron muertos;
los cuales, siendo vueltos en la presencia del Gran Turco,
como él les preguntase en qué manera volvían así, ellos le dijeron
lo que del sanjaco y los mil hombres que consigo llevaba había sucedido;
y que creían que también Sinán Bajá con todo su ejército
debían de ser hechos piezas.

Oído esto por el señor Selim
--con demasiada aflicción y mucha abundancia de lágrimas y suspiros--
dijo: --¡Oh, ejército mío de la Grecia,
cuánto dolor es el que yo siento de vuestra pérdida!
Mas si la muerte no me lo excusase, yo procuraré de vengaros
en tal manera que aún allá donde estuviéredes recibáis de ello descanso.

E, incontinentemente, mandó a los sus visires
que hiciesen de manera que luego se partiesen de allí;
porque hasta hallar a sus enemigos él no podía haber descanso alguno.
Pero aquel mismo día vinieron ciertos moros,
de los cuales se supo que el Algaceli había sido roto
y Sinán Bajá vuelto en Gazara con muy gran despojo.
El señor Selim tuvo incomparable placer con esta buena nueva
y a los moros que la trajeron les hizo mercedes
con que para toda su vida quedaron ricos.

Y luego --desde a dos días--
haciendo gran provisión de odres
para llevar agua para el desierto de la arnea,
se partió para Damasco.

Y llegado a un lugar llamado Peneti
--que era donde los árabes habían salteado
aquellos 1.000 turcos que el sanjaco llevaba--,
sin tener los del lugar fuerza alguna para resistirlo
ni menos culpa de haberse hecho,
mandó el Gran Turco que todos fuesen hechos piezas
y el lugar saqueado y quemado.
Y de ahí siguió su camino para Jerusalem.
Y todos los días que tardó en llegar le hizo mucha lluvia y mal tiempo
de que se le murió
harta parte de su gente y muchos caballos y otras bestias;
de manera que hubo poca necesidad
de los odres de agua que para el camino tenía.

Así, con mucho trabajo, llegó a Jerusalem,
donde estuvo algunos días porque su gente descansase.
Y visitando la iglesia del Santísimo Sepulcro de nuestro salvador
hizo limosna a los frailes
y así mismo a todos los pobres que en la ciudad había,
de manera que no quedó ninguno que no fuese contento de él.
También mandó hacer sacrificios de muchos castrones
según usanza de ellos, que es dejarlos después de muertos en el campo
para que los animales y aves los puedan comer,
teniendo por fe que los unos y las otras ruegan a Dios
por la vida y prosperidad de quien aquello les hizo echar.

16 (c.223).

Cómo el señor Selim partió de Jerusalem y fue a Gazara, y de allí sobre la ciudad de El Cairo.

El Gran Turco partió de Jerusalem hacia la vía de Gazara.
Y andando por sus jornadas, llegó a un terrible valle
donde hubo asaz dificultad de pasar su ejército;
porque no podían ir por el camino más de dos caballos juntos
y los de la tierra habían ganado el paso todo cuanto pudieron
y tenían en un lugar muy alto allegadas muchas piedras
--cuan grandes las pudieron traer--
para echarlas cuando el ejército de los turcos pasase.
Pero sintiéndose aquello,
el señor Selim hizo ir por otro cerro que de frente estaba
--que tenía la subida algo mejor-- muchos escopeteros y arcabuceros.
Mas cuando fue menester que tirasen,
el viento y el agua fueron tan grandes
que no hubo posibilidad de poner fuego a las escopetas y arcabuces;
y, así, aquel día hubo de cesar el camino.
Pero luego --el día siguiente, que no llovió--
subieron muchos genízaros en la sierra y desde ella

mataron con sus escopetas y arcabuces
muchos de los moros que en el otro cerro estaban;
de manera que se le hicieron desamparar
y fue luego tomado por los turcos
y lo guardaron hasta que el ejército pasó.
Y, así, el Gran Turco llegó por sus jornadas a Gazara.

Y --cuanto una milla antes del lugar-- le salieron a ver y recibir
todos los moros que allí vivían
y fueron asaz espantados de ver tanta pompa.
Y, así mismo --tras ellos--, la gente turquesca que en Gazara estaba,
vestidos todos los que lo pudieron hacer
con las ropas y armas que de los enemigos habían tomado.
Y apeándose, comenzaron de llegar
los unos por la parte derecha del señor y los otros por la izquierda,
besándole la mano, y él iba por en medio de ellos alabándolos.
Y --a la postre-- vinieron Sinán Bajá
con los otros capitanes del ejército
y muchos de los espacis que con él estaban;
a los cuales todos el señor Selim dio grandes gracias
y les mandó que esa noche fuesen en su presencia.

Así, se fue a apearse en un palacio de los soldanes que en Gazara había,
donde todos aquellos señores y capitanes fueron esa noche,
como el Gran Turco se lo había mandado.
El cual, tornándoles a rendir infinitas gracias por lo que habían hecho,
les dio riquísimas vestiduras y dineros
y mandó dar a la gente paga de una luna
sin contárseles en el sueldo ordinario.
Fue el tiempo que el señor Selim en Gazara estuvo cuatro días
porque fueron tan grandes las lluvias
que la gente no podía caminar en ninguna manera;
y en cavando cuatro o cinco palmos en la arena
se hallaba agua buena y dulce;
de modo que el ejército tuvo sobra de ella en todo el desierto.
Al cabo de cinco días, el Gran Turco partió de Gazara.
Y estuvo otros tantos en llegar a El Cairo porque rodeó algo
a causa de haber destruido los árabes toda la tierra
por donde pensaban que el campo turquesco había de pasar.

18 (c.225).

Cómo fueron hechas treguas entre el Gran Turco y el Soldán y enterrados todos los que en la batalla pasada habían muerto.

Venido el día siguiente,
del real del señor Selim salieron sacerdotes
--que había asaz número de ellos--
y fueron enviados cuatro a la ciudad
a decir a los sacerdotes que en ella estaban
que hubiesen licencia del Soldán.
Y que ellos, así mismo, la llevarían del señor Selim
para poder sepultar aquellos cuerpos muertos que en el campo estaban
antes (de) que los canes y las aves los pudiesen comer.

El Gran Soldán concedió luego la dicha licencia,
y el señor Selim, con seguro y treguas de tres días.
Y pregonose que ninguno fuese osado de despojar
ni llevar a ningún cuerpo que no fuese de los suyos,
y que si algunos hallasen vivos los pudiesen seguramente llevar.
Y, así, vinieron del real más de 2.200 sacerdotes o alfaquís
diciendo sus oraciones,
y de El Cairo salieron más de 2.000,
con otra mucha gente que de ambas partes venían.
Y luego comenzaron así los unos como los otros
a enterrar por el campo los que les parecía ser de los suyos,
haciéndoles muchas oraciones a la su usanza.
Pero después que todos los sacerdotes fueron juntos,
tan bien enterraban a los de la parte contraria como a los suyos.
Y los que de El Cairo vinieron sacaron bastimento
con que dieron de comer y beber
a todos los de fuera que le quisieron tomar,
encomendándose los unos a los otros
rogasen a Dios y al su gran profeta Mahomat
proveyese en la guerra y mortandad de tanto pueblo suyo.

Todos los hombres principales de los turcos que en la batalla murieron
--que serían en número de 150-- los llevaron a enterrar
en un collado que cerca del real estaba;
donde los sacerdotes sobre los dichos cuerpos
hicieron obsequias y lamentaciones,
lavándolos y envolviéndolos en buenos paños para enterrarlos.
Así mismo, fueron llevados a El Cairo todos los cuerpos
de las personas de cuenta que de la gente del Soldán habían sido muertos.
Y semejablemente les fueron hechas grandes obsequias
según su costumbre; la cual era
que el cuerpo del muerto era puesto sobre un tabernáculo
con paños de oro y muchas cosas olorosas,

y todos los amigos y parientes suyos llenos de luto
se sientan alderredor de él, y allí un un sacerdote o alfaquí
predica de su buena vida acerca de Dios.
Y si por ventura el muerto fue capitán que trajese bandera,
aquel que por él la traía ha de estar con ella delante del cuerpo
y ha de decir sus buenos hechos de armas
y la mucha valentía que contra los enemigos traía
y la buena guardia que de su gente sabía hacer.
Y después de haber estado la bandera tres días sobre el cuerpo
--que es el tiempo que tardan en enterrarle--
la traen otros nueve a cuestras, sin vara,
al mismo alferez que la solía tener.
Las sepulturas de las tales personas se hacen siempre
en la más negra tierra que pueden hallar
y echan en ellas muchas grijas al tiempo que comienzan a cubrir el muerto.

19 (c.226).

De otro reencuentro que entre el Gran Turco y el Soldán
hubo,
pasados los tres días de la tregua.

Luego que los tres días de la tregua fueron pasados,
así el señor Selim como el Gran Soldán tuvieron por bien
de descansar otros dos días. Y en este tiempo
salieron de la ciudad ciertos hombres escondidamente
y dijeron al Gran Turco cómo estaba concertado
que toda la gente que del Soldán había quedado
de la batalla pasada que armas pudiera tomar,
saliese una noche a dar la batalla en su campo.
Lo cual sabido, luego el señor Selim lo dijo a todos sus capitanes
y proveyó que continuamente estuviesen de noche
30.000 hombres armados en el real, e hiciesen muchos fuegos
de tal manera que los enemigos no los pudiesen tomar desapercibidos.

Y como esto fue visto por los del Soldán,
perdiendo la esperanza de poder tomar desapercibidos a los enemigos,
en medio del día salieron a ellos como canes rabiosos.
Y viniéndolos luego a recibir los genízaros,
se comenzó entre ellos una cruel batalla
combatiendo los unos y los otros tan valientemente
que ninguna de las partes pudo aquel día ser vencida.
Y, así --luego que vino la noche--,
se retiraron a sus estancias robando cada uno de ellas
lo que más cerca les estaba.
Este día los dos señores salieron a la batalla
y fue herido en ella el Algaceli de una flecha y de una escopeta.

Mas por eso no dejó de ser el postrero
que de todos los de su parte entró en la ciudad.

20 (c.227).

De otra batalla que hubo entre el Gran Turco y el Soldán y lo que en ella sucedió.

Pasados otros dos días,
el gran señor Selim se levantó al salir el sol
y mandó que todos fuesen puestos a caballo;
y así mismo los de a pie saliesen en orden,
y todos acudiesen a sus capitanes.
Y con grandísima pompa y mucho número de instrumentos de guerra,
él subió a caballo
e hizo desplegar el su hermoso y grande estandarte blanco;
y puso en la delantera de su ejército a los genízaros
y con ellos a la gente de Grecia que estaba para poder pelear.
Y semejantemente ordenó todas sus otras batallas,
poniendo en ellas los escopeteros y artillería que le pareció ser necesaria.

La gente del Soldán salió de la ciudad
con grandes alaridos, a mucha prisa a dar la batalla,
al tiempo que ya el señor Selim estaba en el campo;
el cual, luego que vio acercar a sus enemigos,
animosamente fue a romper con ellos.
Y, así, se comenzó una batalla tan cruel
que se puede tener por cierto que muchos años antes
no se vio otra semejante ni donde tantos fuesen muertos,
así de la una parte como de la otra.

El polvo se levantó tan grande
que no se podía discernir los unos de los otros,
salvo por las voces y el ruido;
y el estrépito de todos era tal que parecía ser entonces el fin del mundo.
Y desde a pequeño rato que la batalla se comenzó
--así aquellos que salieron de la ciudad
como los otros que en el campo los estaban esperando--
estaban todos cubiertos de sangre.
Y no había ninguno tan cobarde que no se metiese muchas veces
entre los enemigos peleando como un Algaceli o un Sinán Bajá.
Pero --señaladamente-- los mamelucos combatían tan benignamente
que no parecía que su propósito era gana de vencer,
sino sola determinación de morir,
según los lugares donde se metían y las cosas que osaban acometer.

Aquel día no se hizo la batalla
por el orden que siempre se acostumbraba hacer

--rompiendo por sus escuadrones--
porque luego que los dos ejércitos se vieron
se mezclaron los unos con los otros,
teniéndose por peor el que más tardaba de llegar a los enemigos.
Súpose que al tiempo que los mamelucos salían
decían que a ellos les convenía vencer o morir,
porque cosa vituperiosa sería el que quedase vencido y vivo
para ver entrar los enemigos en su casa
y poseer a sus mujeres e hijos y todo lo que más tuvieren.
Y así mismo las mujeres les rogaban, al tiempo de ir a la batalla,
con muchas lágrimas, que las matasen;
porque si eran venidos de los enemigos
ellas no querían venir a poder de ellos,
y si la fortuna les ayudase como vencedores
que no les faltarían otras mujeres con quien casar.

El señor Selim entró aquel día en la batalla con toda su corte
ya, así mismo, el Gran Soldán.
Mas tantos combatientes había en medio
que nunca sus batallas se pudieron juntar.
El señor Algaceli no estuvo aquel día en la batalla
a causa de haber sido muy mal herido en la batalla pasada;
lo cual sabido por los capitanes turcos
comenzaron de esforzar los suyos
diciendo a voces que *el Algaceli era muerto,*
que era el valeroso capitán de los enemigos.
Por tanto, que los acometiesen,
que sin él excusado era poder ellos durar en el campo.
Pero cada uno de los mamelucos
era un Algaceli para hacer resistencia a los enemigos.
Así, duró la batalla en aquella porfía
--sin tomar los unos ni los otros descanso alguno--
hasta que fue de noche oscura, que no se podían conocer.
Entonces, cada uno se retrajo al llamar de sus instrumentos.
Dijo públicamente el Turco esa noche
que más habían peleado aquel día 20.000 mamelucos
de lo que fuera suficiente para 100.000 hombres.
La mortandad en aquella batalla de la gente
fue muy grande de ambas partes.
Y al respecto la mayor fue en los mamelucos, jenízaros y griegos
que --como los unos conocían la valentía de los otros--
desamábanse y acometíanse como mortales enemigos.

21 (c.228). Cómo el Gran Turco hizo pegar fuego en la ciudad de El Cairo y milagrosamente fue aquello remediado.

Considerando el señor Selim
la braveza con que los de dentro combatían
--y que los suyos tenían muy mala vida, así en la falta de bastimentos
como en que de noche y de día, cada hora tenían rebatos en el real--
pareciole bien que era tratar con uno mamelucos de baja condición
que venían de noche a hablar con él,
que por muchas partes pusiese fuego en la ciudad.

Y los dichos mamelucos, luego --la noche de adelante,
con muchos fuegos artificiales que el Gran Turco les mandó dar--,
pegaron fuego en diversas partes de tal manera que,
según razón, ninguna cosa había de quedar en la ciudad
que aquella noche no fuese abrasada.
Todos los moradores de El Cairo, visto aquello,
se salieron al campo con aquello que de sus haciendas pudieron sacar;
y, así mismo, toda la gente de guerra
para ofrecerse aquella noche para su última destrucción.
Mas nuestro señor Dios, en cuya mano todas las cosas son,
fue servido que ardiendo la ciudad por más de 200 partes
y de tal fuego que la gente no entendía en atajarlo
--conociendo la naturaleza de que cuanta más agua le echasen
se había de emprender con mayor braveza--,
fue tanta la que aquella noche hizo que pudo bastar para poderlo matar,
lo cual de otra manera no fuese posible hacerse.

22 (c.229). De otra batalla que entre los dos ejércitos hubo y lo que en ella sucedió.

Otro día después de aquella noche del fuego,
los dos ejércitos acordaron de tornar a hacer de nuevo la batalla,
como si en ella se hallaran dineros y no flechas y escopetazos.
Y, así --una hora después de salido el sol--,
la gente de El Cairo salió fuera de la ciudad.
Y hechos todos una maza llegaron a romper con los enemigos,
dentro de sus pabellones,
con tanta crueldad y ánimo que lengua humana no lo podría decir.

Y, en la verdad, el campo de los turcos estuvo para perderse
porque la fortuna del agua la noche pasada
los más de ellos y de los pabellones había derrocado,

y toda la gente estaba demasadamente quebrantada.
El Algaceli --que ya para entonces estaba para poder tomar armas--
hizo grandes extrañezas en armas aquel día.
Pero luego que el señor Selim llegó donde la batalla se hacía
no fueron los enemigos poderosos para pasar más adelante que hasta allí.
Mucha parte del real se había puesto a saco,
llevando a la ciudad pabellones, bestias y otras cosas;
lo cual no hizo provecho a la gente de El Cairo
porque los que se ocupaban en robar
no tenían lugar de pelear con los enemigos.

Llegado, pues, el fuerte Selim a la batalla
--con sus genízaros y otras personas señaladas de su corte--
donde estaba el Algaceli con los mamelucos y algunos árabes,
muy presto entre los unos y los otros había una buena corriente de sangre.
Y así duró la porfía, en aquel mismo lugar donde el Gran Turco llegó,
combatiendo los unos y los otros tan valientemente
que ninguna persona lo podría bien decir.
Y venida que fue la noche,
siendo los de dentro cansados se retrajeron para su ciudad
y los del campo no los curaron de seguir.

23 (c.230).

**De otras batallas que entre los dos ejércitos hubo,
y cómo al fin el señor Selim entró en la ciudad de El Cairo,
huyendo de ella el Gran Soldán y el Algaceli.**

Retirados con mucho cansancio el señor Algaceli
y toda su gente en la ciudad,
acordaron de reposar el día siguiente, que lo habían menester.
Fue dado pregón por el lugar
que todos los capitanes y personas principales
se juntasen a cierta hora en la mosquea o mezquita mayor,
donde estuvieron gran rato juntos acordando lo que debían hacer.
Y, al fin, fue determinado que muriesen defendiéndose
antes que ponerse en poder de sus enemigos.
Y, así, salieron a la batalla tres días arreo (sic),
combatiendo todos ellos valentísimamente
hasta que la noche los despedía y se volvían al lugar.
Pero como en el campo del Turco creciese siempre la gente
y de los de dentro fuesen de continuo apocándose,
era necesario que las fuerzas de ellos enflaqueciesen;
que, aún después de estar el señor Selim sobre El Cairo,
le vinieron 60.000 hombres de refresco
que los sus sanjacos de las tierras de la Anatolia le enviaron,
sin otros muchos aventureros
que con codicia del saquear cada día venían.

Y estando la gente de El Cairo en esta aflicción,
sin esperanza de socorro alguno,
no faltó quien una noche dio una puerta de la ciudad a los turcos;
lo cual fue sentido por los de dentro
y acudieron luego a una grande plaza que delante de la dicha puerta estaba,
en la cual es la mezquita mayor donde se había juntado el consejo.
Y allí --en aquella plaza-- hubo una gran batalla
por tiempo de tres días y tres noches,
que nunca la gente del señor Selim pudo pasar adelante.
Pero en este tiempo, siempre muchos de los turcos
traían prisioneros de los que huían de la ciudad por la ribera del Nilo,
los cuales todos fueron hechos piezas.

Y siendo pasados los tres días y tres noches,
los de la ciudad vinieron en gran flaqueza y apocamiento
y el señor Selim hizo pregonar,
de arte que lo pudiesen bien oír los enemigos;
y, así, hizo echar muchas flechas
con cédulas que decían
que todos aquellos que en término de tres días se presentasen delante de él,
serían perdonados ellos, sus mujeres, sus hijos y sus haciendas salvas;
y si fuese gente de guerra
les daría los mismos acostamientos que el Soldán les daba.
Y que fuesen ciertos los que de esto faltasen
que serían hechos piezas sin ninguna misericordia.
Y, así, fue tanta la gente que vino
--esa noche y los otros dos días siguientes--
ante el Gran Turco que el Soldán quedó tan desacompañado
que la noche de adelante él y el Algaceli huyeron
con asaz pocos que les osaron seguir.
Y todos los que vinieron a presentarse ante el señor Selim
--según dicho es-- fueron por él muy bien recibidos
haciéndoles grandes mercedes y asentándose a la gente de guerra
los mismos partidos que del Soldán tenían,
según se lo había enviado a prometer.

24 (c.231).

Cómo el gran turco Selim se sentó en la real silla del Soldán.

Luego que fue sabido que el Soldán había huido de El Cairo,
la ciudad estuvo llana.
Y como aún era dentro del tercero día de la gracia
todos vinieron a presentarse al señor Selim,
el cual los recibió muy bien.
Y aunque los menos pudieron besarle las manos,

ese día él envió algunos señores y capitanes
que por las calles y plazas fueran diciendo al pueblo
cómo el Gran Señor los recibía en su gracia y servicio.
Y él cabalgó incontinente con muchos tambores, nácares, pífanos
y otros innumerables instrumentos
y se fue a sentar en la silla del Gran Soldán,
donde se detuvo por muy buen rato.

Luego se supo de los moradores de El Cairo
que ciertos vecinos suyos aderezaban de irse esa noche,
los cuales fueron luego por mandado del Gran Turco muertos
y robadas sus casas y haciendas.
Así mismo, algunos otros, de aquellos que dentro de los tres días
habían venido ante el señor Selim,
fueron acusados con poca razón de ciertas cosas pasadas
y por ello los prendieron; aunque desde algunos días,
con mucha dificultad, fueron rescatados de sus parientes.
Pero ninguno de los mamelucos se perdonó,
aunque vinieran en el término de los tres días;
antes, el Gran Turco los mandó hacer piezas a todos
excepto a aquellos que le habían venido con algunos avisos
al tiempo que sobre la ciudad estaba.

Siendo pasados algunos días, el señor Selim supo
que de una ciudad no muy grande llamada Catia
los moros hacían mucho daño a los sus soldados
que por allí andaban a buscar mantenimiento
y las otras cosas de servicio que eran menester en el real,
despojando y prendiendo a todos los que podían haber.
Para remedio de lo cual fue enviado un capitán llamado Alibey Bajá
con cierta parte del ejército a castigar el atrevimiento de aquellos moros.
Y partiéndose a ello el dicho capitán, luego que a la ciudad llegó
se hicieron dos portillos grandes con alguna artillería que llevaban,
por los cuales entró la gente por fuerza de armas.
Y fue el lugar saqueado y todos los moradores de él hechos piezas.
Y con esta venganza tan cruel,
todos los vecinos de aquellas tierras por donde los turcos andaban
no tenían osadía de los contrastar en cosa alguna,
antes eran tornados abatidos como gallinas.

25 (c. 232).

**De lo que el Soldán hizo al tiempo que huyó de El Cairo
y cómo no quiso venir a la obediencia del Gran Turco,
aunque él se lo envió a decir.**

El gran soldán Tumosbey, al tiempo que de El Cairo huyó,
no se detuvo en parte alguna hasta pasar el Nilo.
Así, se fue a la tierra de Sarto, donde se rehizo de alguna gente,
así de mucha que de El Cairo se había escapado
como de otra que de aquella comarca se allegó.
Y deseando saber aquello que los enemigos hacían en El Cairo,
envió secretamente un hombre muy principal llamado Omar
a los que en la dicha ciudad tenía por amigos ciertos y servidores,
haciéndoles saber que él sería --para una noche que les señaló--
con toda la gente que tenía a las puertas de El Cairo.
Por tanto, que para entonces que ellos se juntasen y aunasen
para que antes que los turcos se aperciesen fuesen hechos piezas.

Pero el dicho Omar había estado secretamente en Damasco
al tiempo que el señor Selim se vino, y le besó la mano y dio obediencia;
y mandó tenerle fidelidad como bueno y leal esclavo
y por su mandado se había vuelto al dicho Soldán
porque podría más servir estando con él
que viéndose públicamente al servicio del Gran Turco.
Y así, cuando esta vez le envió para El Cairo,
él se vino derecho para la casa del Gran Turco.
Y llegado que fue delante de él, besando primero la tierra,
con gran reverencia le hizo entender a lo que el Gran Soldán le enviaba.

El señor Selim le agradeció mucho aquel aviso
y le prometió por ello de darle un sanjacato en aquella tierra de Sarto.
E informándose de quiénes eran aquellos
a quienes el Soldán enviaba a decir y apreciar,
los mandó a todos hacer piezas.
Y proveyó de mucha guarda en todos los pasos del río
para que ninguna persona pudiese de El Cairo
pasar donde el Soldán estaba,
ni el dicho Soldán venir a la parte de El Cairo.

Pasados algunos días, el señor Selim envió un visir de los de su consejo
y al belerbey de la Grecia por embajadores al Gran Soldán
haciéndole saber que si él quisiere venir
a inclinarse ante su mucha potencia
y le prestase mucha obediencia como bueno y leal vasallo,
que él le dejaría por su mano la señoría de la gran ciudad de El Cairo
y le daría un estandarte de los suyos
para que por él toda la tierra le obedeciese.
Y, así mismo, le dejaría enteramente

las tierras con todas las rentas que habían sido suyas,
respondiéndole con cierta suma para la guardia de algunas fortalezas.
Y que sería siempre honrado de él
como el más principal vasallo y amigo que en el mundo tuviese.

Mandó, así mismo, el señor Selim a los dichos embajadores
que estuviesen con el Algaceli
y le dijese de su parte que le rogaba tuviese por bien
de rogar al Soldán aceptase su embajada.
Y que le haría muchas mercedes,
dejándole todo el lugar y estado que cerca del Soldán tenía;
y, además de aquello, le daría 100.000 ducados en cada un año
con que pudiese honrar su persona.

Fue tan malo el consejo del Soldán que no quiso aceptar aquel partido que el
Gran Turco le enviaba a ofrecer.
Mas --como hombre irracional-- contra todo parecer
dijo que antes quería morir y padecer diversos martirios
que a los que le habían tomado por señor él los hiciese sujetos sino a él.
El Algaceli respondió que pues su señor el Gran Soldán no quería partido,
que era excusado hablar en el suyo.

De las cuales respuestas
--según la mucha necesidad y miseria en que estaban entonces ambos--
los animales y bestias sin sentido se debieran maravillar
pues tanta crueldad y mal partido se escogieron para si.

26 (c.233).

**Cómo el Gran Turco pasó el Nilo y hubo otra batalla con los
enemigos.**

**Y como el Gran Soldán, después de ser vencido en ella, se
escapó.**

Sabida por el señor Selim la terquedad y simpleza del Soldán,
él determinó de ir a le buscar para acabarlo totalmente de destruir.
Y, así, envió a Mustafá Bajá con 15.000 hombres
a echar muchos puentes en el Nilo por donde el ejército pasase.
Y poniendo por obra Mustafá Bajá lo susodicho,
ya que los puentes eran hechos
y alguna de la gente pasada por ellos de la otra parte,
los espías que el Gran Soldán tenía en aquellos pasos del río
a la misma hora se lo hicieron saber.

Y como la dicha nueva llegó al Algaceli
--el cual estaba a cuatro leguas de allí con 2.000 caballos
guardando que los bastimentos de aquella tierra no pasasen a El Cairo--

fue a todo correr para el Soldán --que estaba otras seis leguas adelante--
diciéndole que no era tiempo de más tardar
porque los turcos comenzaban ya de pasar el río para venir a ellos.

Y, así, tomando el Soldán 5.000 mamelucos y 10.000 árabes,
andando de día y de noche
llegó a los puentes que los enemigos tenían hechos;
y rompiendo con los que de aquella parte habían pasado
--como quiera que ellos se defendieran valentísimamente--,
al fin los hicieron piezas a causa de no poder ser socorridos de los suyos.
Por lo que luego fueron tomadas las entradas de los puentes
por la gente del Soldán;
los cuales después de haber roto los enemigos
se retornaron en aquel lugar donde antes el Algaceli estaba,
dejando quebrados y destruidos aquellos puentes
que la gente del Gran Turco tenía hechos.

El señor Selim recibió mucha pena de esta desgracia
y mandó que luego se tornasen a hacer otros puentes
en el mismo lugar donde antes estaban y otros a tres leguas de ellos;
y que por los unos pasase Mustafá Bajá
--el cual se había escapado en la rota de los puentes por la ribera abajo
pasando después el río en un barco--
y por los otros pasase el dicho Gran Turco con el resto de su ejército.

Fueron puestos en el río todos los navíos que se pudieron hallar
con mucha artillería,
porque los enemigos no se pudiesen acostar a la ribera.
Y luego Mustafá Bajá, con hasta 30.000 hombres,
fue a pasar por los unos puentes.
Y el señor Selim --enviando a poner sus pabellones
junto cabe los otros de la otra parte del agua--
hizo pasar todo su ejército viniendo su persona en la retaguardia de él.
Y aún antes que el ejército acabase de pasar
vieron grandes polvos no muy lejos de ellos,
que parecía que querían llegar al cielo.

El señor Selim mandó ir luego caballos ligeros
a ver qué cosa eran aquellos polvos,
y entretanto toda la gente suya acabó de pasar.
Siendo desde a poco rato vueltos algunos de los caballeros ligeros,
dijeron cómo los enemigos venían a mucho andar para ellos
pero en muy buena ordenanza.
Y así, muy presto, se descubrió el Soldán con hasta 15.000 hombres.
Y aunque el señor Selim tenía gran número de gente,
en la verdad hubo temor no le acaeciese cualquier desdicha.
Y aunque algunos eran de parecer que se volviese a pasar los puentes
y que la ventura se pusiese en los suyos,
pero otros muchos le dijeron

que si aquel día mostraba flaqueza o cobardía alguna,
todas sus buenas jornadas eran perdidas.
Y, así, él acordó de no mudarse del lugar de donde estaba.
Y los capitanes hicieron allegar muchos navíos con artillería
a ambos los lados de su batalla
y las otras escuadras suyas salieron a esperar los enemigos,
los cuales muy prestamente los acometieron.
Y fueron con ellos con tanta furia que los hicieron retraer
hasta los estandartes del mismo señor Selim.

27.

Y allí --habiendo recibido la gente del Soldán
algún daño de la artillería de los navíos-- los turcos recobraron ánimo
y rebatieron los enemigos hasta los estandartes del Soldán.

Lo cual visto por el Algaceli --que hasta entonces no había roto--
entró con 2.000 moros hecho un león en la batalla
matando y despedazando muchos de los enemigos
en tal manera que la sangre corría por todo el campo.
Y, así, los turcos fueron otra vez llevados hasta los estandartes suyos,
con infinita mortandad de ambas partes.

Pero estando la batalla en esta sazón,
vieron venir por la ribera abajo la gente de Mustafá Bajá
que por sus espías había sabido cómo los enemigos venían
a romper con el señor Selim;
y, así, él --a la mayor prisa del mundo-- le venía a socorrer.
Y luego que por los turcos fue visto,
se esforzaron e hicieron retirar por segunda vez a los enemigos
hasta sus estandartes,
aunque entonces de la parte del Soldán sólo peleaban los moros
por dar lugar que los mamelucos reposasen,
que mucho lo habían menester;
los cuales de nuevo entraron en la batalla
con tanta braveza que hicieron retraer otra vez a los turcos
hasta sus estandartes.
Y tanta fue la necesidad en que les pusieron
que de todo punto se juzgaban por perdidos
y muchas gentes se desarmaron para huir por la ribera abajo.

Y a este tiempo llegó --por la parte donde el señor Selim estaba--
el belerbey Mustafá Bajá con hasta 4.000 hombres.
Y pasando a mucha prisa el puente,
viendo que el Gran Señor le miraba como un can rabioso,
se metió en la batalla haciendo cosas extrañas en armas.
Y tomando los enemigos por el un lado,
los apretó de tal manera que los hizo otra vez retirar
hasta sus estandartes,

sonde el Algaceli tornó a esforzar a los suyos.
Y fueron recobrando el campo en tal manera
que --después que el mundo se formó-- fueron vistos
hombres infernales como aquellos del Soldán,
que siendo número de 15.000 hombres
a más de 100.000 que el Gran Turco allí tenía,
aún llegado Mustafá Bajá y Mustafá Bey,
los tenían vencidos y rotos sin remedio alguno.

Pero a este tiempo socorrió Alibey Bajá, un valiente capitán,
con hasta 20.000 hombres de a caballo y de a pie,
que cuando el señor Selim hubo de partir de El Cairo envió por él,
que estaba en la parte de Gazara.
Y pasando el puente de donde la batalla se hacía,
a mucha prisa se fue a romper con ella.
Y con la venida suya los turcos se esforzaron
de modo que todos los que huían tornaron a pelear.
Y, así, los enemigos
--cansados de matar y despedazar hombres--
no pudieron ya más sostener el campo.

28.

Y vista por el Gran Soldán la victoria de parte de los enemigos,
y que todavía la fortuna le era contraria,
y el su buen planeta era tornado en malo
y la señoría en miseria y desventura,
y el su nombre de grande en nonada
y la riqueza y mucha prosperidad en pobreza,
y el gran acompañamiento en soledad
y la lealtad de los suyos en traición y enemistad
--porque en aquella batalla había visto a Omar de la parte de sus enemigos,
el cual él con su misma mano mató--,
mirando al cielo lloraba de corazón su malvada y contraria fortuna
de tal suerte que los que le oían
creían de verdad reventar los corazones.

Y con infinitas lágrimas
él se puso en huida, caminando de día y de noche,
hasta que llegó a un casar cerca de una fuente
--quince leguas de donde la batalla se dio--
donde tomó algún tanto de reposo.
Y --según fue referido por el morador de la dicha casa-- estando en ella,
al señor Tumobey le oyeron decir entre sí las siguientes palbras:

Lamento del gran soldán Tumobey después de la postrera batalla.

¡Oh, Fortuna cruel, engañosa, que siempre tienes condición
de hacer de los hombres bajos, grandes y poderosos!
Y de aquellos que en prosperidad y contento están,
siempre los acostumbras derribar en bajeza y desventura.
Aquellos que de ti fían, quedan engañados.
Y los que en algún tiempo te creen son demasiadamente locos,
porque nunca diste victoria de dos días
que al tercero no la tornases en tristeza y perdición.
Y siempre a los que tú ríes con la cara
los haces con las obras tuyas llorar.
Si no, dime: ¿qué necesidad tenías de hacerme a mi Soldán de El Cairo
o para qué convenía aquello
pues con tanto llanto y tristeza me has privado de la señoría?
Hubieras de mi compasión --pues que me había fiado de ti--
y no me dieras tanta tribulación,
pues tú me hiciste reír un día
para que todo el resto de mi vida tuviese que llorar.
Y si por hacer cosas grandes lo habías,
deshicieras a este mi enemigo que tantas victorias le has dado
y no a un pobre mameluco como yo.
Que para el pago de una hora
que me quisiste favorecer de Gran Soldán de El Cairo,
debieras contentarte de volverme al estado que me tomaste
para que pudiera dar alguna ayuda a mi mujer y a mis hijos,
la perdición de los cuales siento más que la mía.
¡ Oh, mi buena mujer!
Ruego a Dios que os socorra con la muerte
u os dé o provea de mucha paciencia en la vida
y os dé enemigos piadosos.
A mis amados hijos, de parte de mi cuerpo y de todo mi corazón
os encomiendo,
y no a la malvada Fortuna,
la cual toda mi felicidad me ha reducido en miseria
haciéndome sujeto y vencido de un vilísimo turco.

La grandeza del mundo, tú, Fortuna,
la has hecho venir delante de mis ojos mucho estrecha.
Y la mi señoría y potencia la has tornado en nonada.
Y la dulzura del estado en mucha amargura
de verme despojado del que más pudiste hacer
sino que las vestiduras reales
son ya tornadas en vestiduras de hombres bajos y viles.

29 (c.234).

De lo que los turcos hicieron después de vencida la batalla.

Vencida que fue esta postrera batalla, en la manera que se ha dicho,
los turcos despojaron el campo.
Y hallando en él, entre los caídos, algunos que aún no estaban muertos,
el señor Selim los mandó guardar por ser de la tierra
para los hacer sus servidores, o rescatarlos, o hacer justicia de ellos.
Pero ningún mameluco se guardó, antes todos fueron hechos piezas.

Y entre los otros que en el campo estaban caídos
fue hallado el Algaceli muy mal herido.
Y como había perdido mucha sangre y la noche había pasado sobre él,
halláronle fuera de memoria, despojado de sus armas y ropa.
Pero como el señor Selim había prometido 500 serafines
al que lo hallare vivo o muerto
--porque hasta entonces ninguno sabía si había escapado
a causa que algunos mamelucos y árabes habían huido con el Soldán--
todos pusieron mucho recaudo en buscarle.
Y, así, siendo conocido de algunos de los de El Cairo,
lo fueron luego a decir al Gran Turco;
el cual mandó luego a un capitán de jenízaros fuese por él
y le llevase a su tienda
e hiciese curar como la persona del señor Suleimán, su hijo.
Y haciéndolo así, el Algaceli estuvo
--con la flaqueza de la sangre perdida--
cinco días sin conocimiento alguno.
Al cabo de los cuales, supo cómo estaba preso y en cuyo poder.

30 (c.235).

Cómo el soldán Tumosbey fue preso por Mustafá Bajá, traído a poder del Gran Turco y por su mandado muerto.

Después de haber estado el Soldán descansando un pequeño rato
en aquel casar --que arriba se contó--,
partió luego de allí siendo todavía menos la compañía que llevaba
porque a él le cumplía --y así a los que con él iban-- para poderse salvar.

Y luego que del dicho lugar fue partido,
le alcanzó un mameluco de los que habían escapado de la batalla
y le dijo cómo por el camino venían un gran golpe de gente de armas
a más andar y que no eran suyos.
Lo cual sabido, el Soldán se dio mayor prisa a caminar.
Y el que por el camino venía era Mustafá Bajá
que de algunos que en el elcance había prendido
había sabido cómo el Soldán iba por aquella parte

y venía con tanta prisa por alcanzarle.
Y así llegó al casar y supo como el dicho Soldán era partido de allí
podía haber tres o cuatro horas.
Y luego, haciendo dar cebada, fuele siguiendo el rastro.

Y alcanzó otro día hasta 500 mamelucos,
de los cuales algunos se escondieron en la maleza
--de un lago grande que allí estaba
de donde se regaba la mayor parte de la tierra--
y otros se subieron a una áspera tierra.
Mustafá Bajá dejó allí alguna parte de su gente
para que soltasen el agua del lago y le secasen
en tal manera que pudiesen haber a las manos
a los mamelucos que allí se habían encerrado.
Y él pasó luego adelante, llevando siempre rastro del Soldán.
Y le siguió cuatro días y cuatro noches.
Y desde que ya no podían caminar él ni los suyos,
despachó moros de la tierra por todas las comarcas
que a pena de la vida fuese puesta buena guardia
de modo que en ninguna manera el Soldán pudiese pasar
a aquel lago donde los mamelucos se escondieron.
Pero no se pudo acabar de vencer aquel día
y los que a la sierra se escaparon se juntaron luego la noche de adelante.
Y ellos --y algunos moros y árabes de los de su parte--,
otro día, al salir del sol, bajaron a dar la batalla a los turcos
que esperaban que se acabase de secar el lago.

Pero la porfía duró muy poco, porque los turcos fueron vencidos
y los mamelucos sacaron a sus compañeros
--que estaban escondidos en el lago esperando la muerte--
y los llevaron de allí a la sierra,
desde donde hicieron grandes daños en toda la comarca.
Uno de aquellos mensajeros que Mustafá Bajá envió por toda la tierra
para que pusiesen recaudo que el Soldán no se pudiese salvar,
acertó a llegar a un lugar pequeño
del cual era cabeza un moro llamado Sinecasayn.
Y éste hizo publicar en toda la comarca
lo que Mustafá Bajá enviaba a mandar.

El mismo día que aquel mensajero llegó
aportó en la misma casa de Sinecasayn el soldán Tumobey
con algunos mamelucos,
creyendo ya ser en salvo porque aquellos eran sus vasallos
y había desde allí muy poco camino hasta entrar en la tierra del Sufis.
Pero luego que su venida se supo, le cercaron la casa más de 2.000 moros.
Y cuando la noche llegó, que quiso caminar y vio cómo le tenían cercado,
él y sus mamelucos comenzaron de pelear con ellos.
Se defendieron valentísimamente por espacio de doce horas,
pero era muy desigual el número

porque los mamelucos que con el Soldán venían podían ser hasta 200 y más de 2.000 los que le tenían cercado.

Y así, al fin, siendo muertos los de la mayor parte del Soldán, él hubo de ser preso.
Y le trajo luego Sinecasayn a poder de Mustafá Bajá.
Y todos los mamelucos que no eran muertos cuando el Soldán fue preso se salvaron porque con la alegría de prenderle no tuvieron cuenta de ellos y los dejaron ir donde quisieron.
Traído el Soldán a poder de Mustafá Bajá, incontinentemente despachó una posta al Gran Señor haciéndole saber esto. Y él vino con sugente en aquel lugar donde el Gran Soldán fue preso y mandando llamar a todos los de la tierra que al dicho Soldán habían cercado, hizo con ellos muchas fiestas y comidas prometiéndoles grandes mercedes de parte del señor Selim.

Y mandó a Sinecasayn se fuese con él donde el Gran Señor estaba porque le serían hechas muchas mercedes y dado el sanjacato de aquella tierra.
Y, así, reposando Mustafá Bajá en aquel lugar seis días --porque su gente iba fatigada--, se partió para donde el señor Selim había quedado.
Y en el camino fue salteado de aquellos mamelucos que en la sierra estaban.
Y le pusieron en tanto aprieto que estuvo por matar al Soldán; mas como allende de su gente venían con él muchos moros, no pudieron los mamelucos hacer lo que querían.
Aunque por todo aquel año, y aún hasta el día de hoy, siempre bajan de aquella sierra por toda la ribera del Nilo y roban a los caminantes que por allí pasan.

31.

Mustafá Bajá prosiguió su camino para donde el Gran Turco estaba, el cual le salió a recibir con todo su ejército y pabellones, muchas trompetas, nácares y diversos instrumentos, a una jornada de donde la batalla fue.
Y llegados que fueron en presencia del dicho señor, Mustafá Bajá se apeó y haciendo gran reverencia le besó las manos.
Y luego todos los otros capitanes y personas principales que con él venían. Y así mismo Sinecasayn, a quien el señor Selim hizo muy buen recibimiento y le hizo luego mandamiento del sanjacato de su tierra.

El Soldán no apareció ante la presencia del Gran Turco, antes le mandaron aposentar en un pabellón junto a los del Gran Señor,

bien guardado que no pudiese huir
y el mismo Mustafá Bajá dentro en el mismo pabellón.
El señor Selim estuvo en aquel lugar donde el Soldán fue traído
tres días en gran deleite, más alegre que nunca le vieron.
Y como fue sabido por toda la tierra cómo el dicho Soldán era preso,
vino infinita gente de El Cairo por verlo.

El señor Selim partió de aquel lugar donde estaba
para El Cairo a muy pequeñas jornadas.
Y el día que en la ciudad hubo de entrar
fue delante mucha parte de la gente;
y después metieron al Soldán con una cadena al cuello,
y con él Mustafá Bajá
con 3.000 jenízaros y otros 3.000 cristianos de Grecia, todos armados.
Y así, de camino como venían,
le trajeron por las principales calles de El Cairo
y un pregonero con él que decía:
*--El Gran Señor Selim manda ahorcar a este traidor
deservidor suyo, hombre sin ley.*

Y así, traído por el lugar por espacio de tres horas,
siendo ya después de mediodía llegaron a una puerta de la ciudad,
que se llama Beuzumel.
Y allí fue ahorcado el desventurado soldán Tumosbey,
a los 11 de abril de 1519.

32 (c.236).

Cómo el Algaceli fue traído en la presencia del señor Selim y de lo que con él pasó.

Siendo pasados quince o veinte días de esto,
y que el Algaceli podía andar, el Gran Señor le mandó traer ante sí.
Y venido que fue allí, él hizo aquella reverencia que debía
y se quedó de rodillas en el suelo.
El señor Selim mandó que lo levantasen
porque el Algaceli aún estaba muy flaco para poderlo hacer.

Y haciéndole sentar en muy honrado lugar
--entre Mustafá Bajá y uno de los visires--
le comenzó a decir:

*Algaceli:
sí en mí hubiese desconocimiento de los valientes hombres,
esos que están alderredor de ti
no tendrían tan honrados lugares como ves que tienen,
ni la parte que todo el mundo sabe que conmigo alcanzan.
Y si Dios no tuviese cargo de favorecerme mis batallas
--y nuestro santo profeta Mahomad--
yo tendría más enemistad con los que me son contrarios.*

Fernando Fernández Lanza:

"La cruel fortuna del gran diablo. El Algaceli de El Cairo, un sevillano en Oriente"

*Mas como ellos llevan todas las mis empresas al deseado fin,
yo castigo a algunos de los vencidos por ejemplo, aunque pocos,
y perdono a muchos por misericordia;
de los cuales seas tú uno si quisieres.
Y porque tuviste buena voluntad de servir a tu señor
y a mi no me has hecho daño que en mucho deba tener,
yo quiero haber piedad de ti.
Y si me prometes que me serás leal servidor
como a los soldanes Causanciauri y Tumobey lo fuiste,
ese lugar en que estás no te será quitado
porque yo lo tengo para el que por mí fuese
Algaceli de El Cairo.
Por tanto tú dime la verdad de lo que piensas
recibiendo de mí beneficio tan grande,
allende de darte la vida.*

El Algaceli comenzó a llorar muy gravemente.
Tanto, que por un buen rato no pudo hablar palabra alguna.
Y después, levantándose como mejor pudo
y besando primero la tierra, dijo:

*--Señor, yo conozco que Dios es contigo;
y que si esto no fuera, que no sojuzgarías tú tan ligeramente El Cairo,
ni Egipto, ni Suria,
ni serías en todas las cosas tan excelente y acabado príncipe.
Pero antes que a lo que me has ofrecido te responda,
quiero decirte mi vida.
Y te daré después la respuesta de lo que con mi corazón puedo acabar.*

*Yo fui criado desde edad de diez años
en compañía y hermandad de Causanciauri,
en la cámara y palacio del Gran Soldán que tú mataste en Alepo.
Entre Tumobey y mi, nunca hubo cosa conocida ni partida
ni las voluntades lo eran.
Servimos cuanto fue nuestro entendimiento y poder
al dicho señor Soldán que nos crió.
Y después, al tiempo de su muerte,
fue elegido Tumobey por Soldán, según que todo el mundo sabe.
Y dígotte, Señor, que con mucho trabajo pude acabar con él
que él lo fuese y ya lo dejase de ser.
Servile en estas sus fatigas lo mejor que pude
y siempre deseé que con su vida hubiese de acabar la mía.
Mas el vivir y el morir están en la mano de Dios.
Y si yo no quedara
cual los que me levantaron del suelo saben que quedé
en esta postrera batalla,
y primero me hicieran piezas que Tumobey fuera preso de los tuyos.
Esta es, Señor, la vida que yo he tenido,
contando en ella por muy buena ventura haber caído en poder tuyo,
que sin te lo merecer
me ofreces aquello que el Soldán que murió pudo hacer en mí,
y lo que Tumobey --a quien yo tanto quise-- hacía.
Lo que de mi corazón te puedo decir
--respondiendo a tu demanda,
porque a hombre tan bueno como tú todos deben decir verdad
y yo siempre he procurado de hablarla y mantenerla--,
páreceme, Señor,
que --como yo tenía en más la vida de Tumobey que no la mía,
y en tanto como mi honra la suya--,
que todas las veces que me acordase
que tú, deshonoradamente y sin razón, le mandaste ahorcar,
no podría quererte bien.
Y quererte mal, recibiendo de ti tan gran beneficio, sería traición.*

Fernando Fernández Lanza:

"La cruel fortuna del gran diablo. El Algaceli de El Cairo, un sevillano en Oriente"

*Y aunque de la gente lo podría bien encubrir,
a mi mismo habría de ser manifiesto tener mella
por otro del que hasta aquí he procurado ser.
Una sola gracia te demando,
dejando las honras y mercedes que me ofreces
para quien mejor te las sirva.
Y es que por las mismas calles, y otro tanto tiempo,
y con la gente que a Tumosbey llevaron a colgar,
me hagas llevar a mí.
Y poner en la misma puerta que a él pusieron.
Para que seamos tan conformes en la muerte
como en la vida siempre lo procurábamos ser.*

Dichas estas palabras,
con muchas y grandes lágrimas y singultos,
el Algaceli cayó amortecido en tierra.
Y el señor Selim le mandó de allí levantar
y volver al lugar donde antes estaba.
Y dijo a los señores y privados que allí se hallaron:

*--En más estimaría ganar la voluntad de este hombre
que tornar a conquistar otro El Cairo y otra Suria.*

33 (c.237).

Cómo el señor Selim se tornó a Constantinopla.

Muertos todos los soldanes
con casi toda la soberbia generación de los mamelucos
--según se ha contado--,
toda la tierra hasta el fin del mar Bermejo
--que por otro nombre es dicho el Sino arábigo--
vino a dar obediencia al señor Selim.
El cual, después de tenerlo todo pacífico, fue a Bullao
a ver el maravilloso crecimiento del río Nilo.
Y de ahí fue, así mismo, a ver Alejandría.
Y tornó a El Cairo; donde, queriéndose volver en Constantinopla,
determinó de dejar por gobernador a Cayerbeyo
para pagarle de la traición que había hecho en la jornada de Alepo.

Concertó con él que en cada un año
le diese puestos en Constantinopla un millón de serafines
--que cada serafín tendría poco menos del peso de dos ducados--,
y el resto de la renta del estado distribuyese en la guarda de la su voluntad.

De esto pesó mucho Janus Bajá
porque deseaba demasiadamente quedar en aquel oficio.
Y con esta envidia
hizo que los jenízaros que quedaron en la guarda de El Cairo
se amotinassen, luego que el Señor fue partido,
por poner en alguna desgracia a Cayerbeyo.

Mas la su malicia le salió al contrario;
porque cayendo el Gran Turco en aquello,
y que había sido obra de Janus Bajá,
yendo por su camino no lejos de El Cairo,
en su presencia le hizo cortar la cabeza.

Y así, andando por sus jornadas, llegó a Alepo
al fin del año de 1519,
habiéndole costado la presente jornada más de 250.000 personas,
sin muchos hombres que no eran de guerra que morían por los caminos
andando con las yeguas trayendo bastimento al real.
Porque nunca los turcos cuentan en la guerra otra gente de la que falta,
salvo la que es para pelear.

Y, así, aunque el señor Selim vino con tan gran victoria,
trajo deshecho su ejército y su persona demasiadamente quebrada
habiéndole acaecido en ella una enfermedad
de que en días pasados le habían curado.
De manera que quiso la fortuna que el vencedor triunfante
viviese vencido de todo el desagrado que en la vida humana puede haber,
según adelante se dirá.

Y con todos estos trabajos llegó a Constantinopla
donde al tiempo de su partida había dejado a sultán Suleimán,
su único hijo, debajo de la gobernación de Pirro Bajá,
hombre de gran fe y singular gobernación y prudencia.
Y aún hubo muchos que dijeron haber tenido el señor Suleimán
gran peligro de ser atosigado con una vestidura tinta en ponzoña
que su padre sultán Selim le había enviado,
temiendo que el hijo había de hacer
aquello que él había hecho a sultán Bayasit, su padre,
según en esta historia se ha contado.

34 (c.238).

De la dolencia y muerte del señor Selim, Gran Turco.

Algunos años antes de esta empresa
al señor Selim se le hizo una llaga en la cadera
y aún se creyó que le caía cáncer en ella
--según que en el capítulo CCV de esta crónica se ha contado.
Aquella llaga fue curada con gran diligencia
y atajado el cáncer que en ella cayó, si alguno era;
aunque siempre el lugar donde la dicha llaga había sido
quedó tierno y con cualquier exceso --especialmente de calor--
se le desollaba y mudaba el color que de continuo tenía;
el cual nunca había sido perfecto como antes,
aunque aquello juzgaban los médicos ser de las medicinas fuertes
que en la llaga le habían puesto.

Pero al tiempo que el señor volvió de la conquista de la señoría
se le tornó a abrir algo aquella llaga,
apareciendo en ella una pequeña cabeza como de un nacido.
Todos los sus médicos y cirujanos se la procuraron luego de curar
con el mayor recaudo que fue posible;
mas todo no bastó a que la llaga no creciese,
dándole la más trabajosa y penada vida que hombre del mundo podía tener.

Y después de llegado a Constantinopla,
los médicos determinaron que caía cáncer en ella
y le pusieron luego aquellas medicinas
que para el remedio de ello convenía;
las cuales el señor Selim podía sufrir con gran trabajo
dando continuamente voces y haciendo otras extrañezas,
que parecía más rabiarse como un can que no otra dolencia alguna.

Los médicos le mandaron guardarse de ciertas viandas y de vino,
lo cual le hacía gran provecho;
porque aunque la llaga --en todo el tiempo que este regimiento guardó,
que fue lo que le quedaba del año de 1519 y alguna parte de 1520--
no sanase,
al menos parecía siempre mejorar alguna cosa
y estaban seguros que no empeoraría.
Y todo el trabajo que el Gran Turco pasaba
era cuando le curaban, y hasta hora y media después,
porque parecía que le quemaba de fuego.
Y curábanle dos o tres veces al día.

Suelen hacer los turcos una confación
y acostumbran de usar de ella muchas veces en sus placeres.
Y es tal que --según la cantidad que de ella beben--
así están fuera de seso desde a dos horas a lo menos,
hasta a veinticuatro horas,
porque de allí no pueden pasar si no tornan a beber de la dicha confación.
Y con el pensamiento que están o quisieren tener,
cuando la beben, en aquello hablaban.
Y si querían ver mujeres,
las ven en el aire andar por encima de ellos,
y ellos están fuera de sí riendo con gran placer mirándolas.
Y si quisieren ver batallas,
basta que piensen en ellas al tiempo que la dicha confación beben,
que todo lo que la fuerza de ello dura están --como dicho es--
fuera de sí riendo y viendo muchas batallas en el aire.
Y semejablemente les acaece de cualquier cosa que deseaban ver.
Y aunque entonces les pegasen un tizón ardiendo,
no lo sentirían.

Al señor Selim pareció conveniente cosa
--para no sentir el trabajo que pasaba cuando le curaban--
beber aquella confación él y algunos de sus privados.
Y comenzándolo de hacer
--así contra defendimiento y amonestación de los médicos,
y aunque era remedio para el sentimiento de la cura--,
era daño grande para la salud
y hacía empeorar en mucha manera la llaga.
Y después de haberlo usado algún tiempo,
los médicos con mucha premia se lo hicieron dejar.
Pero luego, desde a pocos días, él tornó a beber de su confación.
Y, así, el cáncer se creció y la llaga fue tan adelante
que --de la cadera donde comenzó-- se extendió
hasta las costillas, y entre ellas se veían las entrañas,
creciéndole con ella una fiebre pestilencial
que le acabó de quitar todos los pensamientos de la guerra.

Y en este tiempo su vida era de tan gran angustia y dolor
que jamás se vio de otra persona alguna.
Y aunque no sentía el trabajo de la cura con la fuerza de la confación,
tampoco sentía que se meneaba y echaba los brazos a una parte y otra
quitándose los paños y ataduras de su lugar.
De manera que cuando se acababa la fuerza de la confación, o antes,
era menester tornarle a acobar las ataduras o curarle de nuevo.

35.

Así, su mal vino a tal extremo que
--siendo el mes de agosto del dicho año de 1520--
él mandó que le cortasen
toda aquella carne que tenía encendida y llagada;
lo cual no se pudo bien hacer
porque un físico judío no quiso consentir
en que le cortasen aquello que él quería.
Y le mató con una cimitarra que en su cámara estaba.
Lo cual visto por los otros médicos,
dijeron que era bien probar aquel remedio
que el Gran Señor decía y quería.
Y, así, le cortaron toda la carne de sobre la cadera
y todo el cuero de la ijada y la carne de sobre las costillas,
con todo lo otro que pudieron cortar.
Pero a él nunca le oyeron decir que empeoraba,
mas que tenía mucha mejoría.
Y que Dio y él habían sido su cura.
Y, así, rabiando y comiéndose las manos,
harto de victorias y triunfos,
vencido y rendido en la cama,
rabiosa, cruel y atormentadamente

murió en el mes de septiembre de dicho año de 1520
en la misma villa de Ciurlu donde había peleado con el padre.
Y bien pareció que Dios nuestro señor
quiso dar la paga de su mucha justicia
en el mismo lugar que el delito se había cometido.

36.

Tuvo Selim el imperio 8 años y vivió 40, digo 46.
Fue alto de persona y corto de piernas,
que parecía harto mejor a caballo que a pie.
Era redondo de gesto,
de color amarillo y los ojos gruesos y feroces.
Tuvo un corazón de león
y jamás tuvo miedo de la Fortuna
por peligro alguno en que se viese aunque fuese manifiesto.
Nunca tornó atrás de las empresas que tenía comenzadas,
inclinado de continuo
--como hace siempre el verdadero y generoso magnánimo--
antes a los consejos dudosos y honrados
que a los seguros de poco loor.
Estimaba, sobre todos los capitanes de los antiguos,
a Alejandro Magno y a César
y muchas veces leía sus historias traducidas en lengua turquesca.

Era de natura soberbio y siempre penoso.
Y nunca mudable, especialmente en dejar de ejecutar su crueldad,
la cual en muchos casos era fundada sobre demasiada justicia.
Mató a Mustafá Bajá porque le halló ser poco fiel.
Hizo morir a Eschender Bajá
porque en la empresa del Sufis ponía tantas dificultades
que los jenízaros estaban casi amotinados
y no querían pasar adelante del río Eúfrates.
Mandó cortar la cabeza a Bostanci Bajá, su yerno,
porque hacía muchos cohechos en las provincias donde gobernaba.
Mató a Janus Bajá porque hizo amotinar a los jenízaros
que con Cayerbeyo quedaban en la guardia de El Cairo.
Solía decir muchas veces que él no traía barba larga
como sultán Bayasit, su padre,
porque los bajáes no le echasen mano de ella
y le llevasen donde quisiesen, como con su padre solían hacer.

Fue notado de gran crueldad contra su sangre propia,
habiendo sido muertos por su mandado 73 personas de ella.
Mas él decía que no había más dulce cosa
que el reinar sin miedo ni sospecha de parientes;
y que a él no le habían de echar culpa
de la muerte que a los suyos había dado,

porque la misma era necesario que sufriera
si el más pequeño de los de la sangre otomana hubiera quedado por señor;
y que no era prudente el que en ejecutar su propósito ponía espacio alguno
porque siempre con la dilación se perdían las buenas ocasiones
y nacía algún impedimento contra la principal voluntad.
En fin, que él fue un señalado hombre.
Tan bien en el arte militar como en el recibimiento de los pueblos
porque quería que se hiciese mucha justicia en toda parte.

Y, así, decía micer Luis Mocenigo
--que fue uno de los embajadores venecianos
cerca de la Cesárea Majestad en Bolonia--
que estando embajador en El Cairo con sultán Selim
y habiéndole muchas veces hablado,
no le parecía que había hombre igual de él,
así en justicia como en humanidad y grandeza de ánimo,
y que no había en él punto de bárbaro.
Y que todo aquello que el vulgo le ponía por tacha
lo justificaba en tal manera que parecía ser así la verdad.

Fue sultán Selim gran cazador y dado poco a mujeres.
Fue, así mismo, vigilantísimo en el comer.
Tuvo tanta templanza que ordinariamente
--como lo pudiera hacer cualquier pobre soldado--
no comía sino de una vianda.
Y ésta era muchas veces de manjares gruesos,
que no de aves ni de otras cosas delicadas.
Lo cual todo le tuvo sano en tantas fatigas como pasó
e infinita diversidad de aires de tierras muy extrañas por donde él anduvo.

37.

Cómo el Algalceli se salvó y fue en la tierra del señor Sufis y le hizo su capitán general.

Ya se ha contado
cómo al tiempo que el Algalceli
no quiso aceptar aquella gran merced que el señor Selim le ofrecía,
fue vuelto a la guarda y prisión en que estaba.
Pues ahora es de saber que fue llevado a la fortaleza de El Cairo,
donde estuvo preso, aunque bien tratado,
hasta que la muerte del Gran Turco fue publicada.

En este tiempo, él trató con un jenízaro de los que le guardaban;
y como Cayerbeyo, gobernador de la Suria,
andaba por todas las ciudades de ella para que enviasen la obediencia
al nuevo señor Suleimán,
una noche tomaron dos caballos el dicho Algalceli y aquel jenízaro

--el cual se llamaba Nicolo--
y anduvieron toda la noche y el tiempo que fue menester
hasta dar consigo en la sierra donde estaban los mamelucos
que se escaparon cuando la postrera rota y prisión del Soldán,
según se ha contado.
Y llegados que allí fueron,
el Algaceli tuvo manera cómo irse con todos aquellos mamelucos
a Taurus, aunque la tierra era muy lejos;
Donde siendo venidos, los mamelucos dieron orden e industria
para hacer artillería y escopetas en la tierra del Sufis
--que antes no las había--
y el Algaceli fue hecho su capitán general.

Y por las cosas señaladas que hizo en algunas personas
y guerras que el Sufis tuvo después con los tártaros,
le pusieron los persas un cierto nombre
que en nuestra lengua quiere decir el Gran Diablo.
Y por ser esto cosa que no hace al propósito de nuestra historia,
aquí no se dará más cuenta de ello.

Venido el día siguiente de como el Algaceli huyó,
aunque fue echado de menos de los de la fortaleza,
no hubo ninguno que hubiera ganas de ir tras él
porque era muy amado de todos ellos;
pero hiciéronlo saber al que había quedado en El Cairo por Cayerbeyo,
y aunque éste envió antes de mediodía mucha gente tras el dicho Algaceli
ya había él andado tanto que primero que le alcanzasen
se pudo salvar en la tierra del Sufis,
según dicho es.

FIN.